

Transgresiones de la historia

La misión pública de la historia y la dialéctica científica¹

Germán Carrillo García
gcarrillo@um.es

*En memoria de Josep Fontana (1931-2018),
maestro de pensadores*

Toda visión global de la historia constituye una genealogía del presente. Selecciona y ordena los hechos del pasado de forma que conduzcan en su secuencia hasta dar cuenta de la configuración del presente, casi siempre con el fin, consciente o no, de justificarla.

JOSEP FONTANA (1982)

Social Scientists can diagnose today's problems and offer policy prescriptions, but only historians can explain such issues in depth by showing at problems over time can teach you how to ask the right questions.

SARAH MAZA (2017)

La historia de los veinte años que siguieron a 1973 es la historia de un mundo que perdió su rumbo y se deslizó hacia la inestabilidad y la crisis.

ERIC HOBSBAWM (1994)

Encore aujourd'hui, l'interdisciplinarité sert souvent de terme passe-partout, de cliché recouvrant un pseudo consensus.

JULIEN PRUD'HOMME
ET YVES GINGRAS (2015)

The history is always under construction but perhaps never more so than in the twenty-first century. The dominant paradigms of the twentieth century have fallen into disrepair.

LYNN HUNT (2014)

MAGISTRA VITAE

La asombrosa notoriedad que han adquirido los estudios históricos, y no solo los producidos por sus profesionales, tal vez confirme la incitación historiográfica enunciada por Lynn Hunt en *Writing History in the Global Era*: «La historia siempre está en construcción», pero probablemente nunca haya estado sometida a un

1. Trabajo realizado dentro del proyecto de investigación: «Entornos sociales de cambio. Nuevas solidaridades y ruptura de jerarquías (siglos XVI-XX)» (HAR 2017-84226-C6-1-P). Financiado por el Ministerio de Industria, Economía y Competitividad, Gobierno de España.

nivel de transformación mayor como en el siglo XXI. Los paradigmas historiográficos dominantes en el siglo XX, dice la historiadora, se han revelado insuficientes y las teorías culturales que contribuyeron a su socavamiento han evidenciado sus propias debilidades estructurales sin ofrecer a cambio un plan alternativo. Basándose en el desvanecimiento de las metanarrativas, Hunt regresa con cierta dilación al común e impreciso término de globalización, interrogándose acerca de si este contribuirá a la vigorización de la historiografía o si, contrariamente, elevará el *ethos* occidental a categoría esencialista de la modernización del mundo. Aunque la concreción conceptual de nuevos paradigmas no queda del todo resuelta por la autora, las perspectivas «emocionantes» de una renovación historiográfica concilian (como era de prever) tendencias intelectuales del pasado con el anhelo siempre presente de innovación y pluralismo metodológico, en regla con los preceptos del trabajo científico. No hay elusiones categóricas en Hunt, la historia seguirá ocupándose de problemas formalmente tradicionales como la «construcción de la nación» y las identidades colectivas, pero también ha encontrado en los espectaculares desafíos ambientales y sociales contemporáneos nuevos y fecundos campos de investigación.²

Parece que con frecuencia las polémicas clásicas siguen siendo un referente poderosísimo, y por tanto no constituye un simple arcaísmo recordar aquí la célebre enunciación braudeliana pronunciada hace más de medio siglo: «Nuestra época es demasiado rica en catástrofes, en revoluciones, en imprevistos, en sorpresas, [...] Si estamos en un nuevo mundo, ¿por qué no una nueva historia?».³ Entre tantas variaciones conviene de nuevo interrogarse acerca de la naturaleza de la transformación del paisaje historiográfico y de la teoría de la historia, intentando discernir las pautas y contradicciones subyacentes de la nueva gramática de la ciencia histórica. Varios aspectos significativos contribuyen a introducir la problemática.

En primer lugar, durante las últimas décadas la obstinada tendencia intelectual a interpretar los problemas sociales *seriatim*, o por partes, ha proliferado tanto como los campos analíticos y los objetos-problemas de investigación, en correlación con la fragmentación del cuerpo social delimitado por lo que Jameson denominó en alusión al estallido posmoderno como el fin del «telos histórico». Un nuevo periodo de la historia que puede situarse en torno a la década de 1980, en el que «todo tipo de cosas, de la economía a la política, de las artes a la tecnología, de la vida cotidiana a las relaciones internacionales», cambiaron drásticamente. «La modernidad –continúa Jameson– en el sentido de modernización y progreso, o *telos*, había quedado definitivamente atrás». Pero, paradójicamente, para interpretar la naturaleza de estos asombrosos cambios

2. Lynn HUNT: *Writing History in the Global Era*, Nueva York, W.W. Norton, 2014.

3. Palabras pronunciadas en la Lección Inaugural, leída el viernes 1 de diciembre de 1950 en el Collège de France, Cátedra de Historia de la civilización moderna. Véase Fernand BRAUDEL: *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza Editorial, 1970, pp. 21-22.

sociales, que ratificaban el derrumbamiento del orden occidental surgido tras la segunda posguerra, se puso de manifiesto un cierto consenso académico en deslegitimar de una u otra manera los análisis estructurales que metodológicamente perseguían la *sistematización* de las relaciones humanas. Esta ruptura ha estado estrechamente asociada con la virtual separación entre el mundo de las ideas o de la cultura por un lado y la economía por otro; una subdivisión que, operando en contra de la naturaleza dialéctica del conocimiento, se ha fundamentado en una premisa errónea, a saber, que «la vida cultural está más bien al margen de la lógica capitalista». Harvey lo ha planteado con admirable claridad: «no veo ninguna diferencia entre el vasto espectro de actividades especulativas e igualmente impredecibles asumidas por empresarios (nuevos productos, nuevas estrategias de marketing, nuevas tecnologías, nuevas localizaciones, etc.) y el desarrollo igualmente especulativo de los valores e instituciones culturales, políticos, legales e ideológicos en el capitalismo». Desde esta perspectiva, la expansión sistémica del capitalismo ha arrastrado y modelado «cada vez más áreas de la vida cultural». Esto es lo que quería decir Wallerstein en *Capitalismo histórico* con la «mercantilización de todas las cosas». En suma, a medida que la «ciencia moderna» diseccionaba virtualmente las áreas del conocimiento, se producía un alejamiento de «la búsqueda de las causas finales y de toda consideración de intencionalidad».⁴

Segundo, la búsqueda desesperada de conocimientos aplicados, en particular, aunque no exclusivamente, entre aquellas disciplinas menos prolíficas a establecer prescripciones políticas, ha tendido a simplificar o disolver la objetivación histórica de las problemáticas sociales o, como programa máximo, se ha sublimado la «vitae memoriae», la «historia como memoria» en perjuicio de la historización. Parecería que, ante un mundo en permanente estado de crisis e incertidumbre, las interpretaciones espontáneas han desplazado notablemente a las complejas operaciones mentales reflexivas, desechadas por su presunta esterilidad antifuncional, tratando frecuentemente el análisis histórico como conocimiento excedentario. En parte, estas insuficiencias se han debido a lo que Aróstegui calificó como una «exagerada cautela» adoptada por los historiadores de aproximarse temerosamente al tiempo presente, a «lo coetáneo».⁵ Pero también porque, como ha señalado Jacques Revel, desde la década de 1970 la «crisis de confianza» en la historia, otrora concebida como *magistra vitae*, ha quedado

4. Fredric JAMESON: *Postmodernism, or, The Cultural Logic of Late Capitalism*, Duke University Press, 1991; del mismo autor, «La estética de la singularidad», *New Left Review* 92, may/jun, 2015, pp. 109-141. David HARVEY: *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, Buenos Aires, Amorrortu ed., 1998, p. 376. Immanuel WALLERSTEIN: *El capitalismo histórico*, Madrid, Siglo XXI, 2014, p. 34.
5. J. J. CARRERAS ARES: «¿Por qué hablamos de memoria cuando queremos decir historia?», en Alberto SABIO y Carlos FORCADELL (coords.): *Las escalas del pasado*, UNED, 2005, pp. 15-24. Julio ARÓSTEGUI: *La historia vivida. Sobre la historia del presente*, Madrid, Alianza Ensayo, 2004, p. 23.

socavada por la convicción social de un futuro siempre incierto.⁶ Idea que, inevitablemente, nos remite a un nivel analítico más profundo y complejo en el que aparece la intersección entre posmodernidad y capitalismo tardío (o su epígono, la globalización neoliberal). Según Jameson, la materialización de este binomio ha exacerbado la «volatilización de la temporalidad», ha disipado el pasado y el futuro, generando a su vez una forma extraña de «encarcelamiento contemporáneo en el presente». Y continúa:

Una pérdida de historicidad existencial pero también colectiva, de tal modo que el futuro se desvanece como impensable o inimaginable mientras que el pasado se convierte en imágenes polvorizadas al estilo de Hollywood de actores con pelucas y cosas parecidas. Evidentemente, este es un diagnóstico político tanto como existencial o fenomenológico, ya que pretende encausar nuestra parálisis política actual y nuestra incapacidad para imaginar, por no hablar de organizar el futuro y el cambio futuro.⁷

Esta nueva condición societal, sobre la que regresaré más adelante, se combina y complementa con una relativa autocomplacencia del mundo intelectual, un síntoma particularmente evidente en el campo de las ciencias sociales. De hecho, el análisis del inestable e impreciso presente ha permanecido fundamentalmente bajo la potestad de los estudios sociológicos que, con ciertas objeciones, firmaron el «tratado de paz parsoniano» con la economía: lo social se había deshecho de la embarazosa carga de la economía política; como consecuencia los temas estructurales o generalistas iban a ser sometidos a una implosión sociológica sin precedentes. Un acontecimiento que no difería demasiado del «estallido en migajas», tal como lo nombró elocuentemente Dosse (2006), cuando un Lucien Febvre alejara a la tercera generación de historiadores de la revista *Annales* durante la década de 1960 del análisis económico. El campo científico de la economía política fue a partir de entonces propiedad casi incondicional de los escolásticos dominios de la economía de la eficiencia.⁸ En la persuasiva interpretación de Hobsbawm una cantidad no despreciable de teóricos sociales, a diferencia de Bourdieu, redujeron con obstinada frecuencia «el vasto territorio en el que los humanos actúan sobre sí mismos y sobre la naturaleza (sepan o no sepan lo que están haciendo) a una serie de pequeños jardines, regidos por un sistema formal

6. Véase Jacques REVEL: *Public Uses of History: Expectations and Ambiguities, en Transformation of the public sphere, Social Science Research Council, Brooklyn, Nueva York, <http://publicsphere.ssrc.org/revel-public-uses-of-history> (consulta: 20 de marzo de 2019).*

7. Fredric JAMESON: «La estética de la singularidad», *op. cit.*, p. 128.

8. Wolfgang STREECK: «La misión pública de la sociología», en ÍD.: *¿Cómo terminará el capitalismo? Ensayos sobre un sistema en decadencia*, Madrid, Traficantes de sueños, 2017, p. 281. Eric HOBBSBAM: *Sobre la historia*, Barcelona, Crítica, 2014. ÍD.: «Pierre Bourdieu. Sociología crítica e historia social», *New Left Review*, 101 (2016), pp. 41-52. François DOSSE: *La historia en migajas. De Annales a la «nueva historia»*, México, Universidad Iberoamericana, 2006. Josep FONTANA: *La historia de los hombres: el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2013, pp. 34-37.

de reglas». Ciñéndonos a la ciencia histórica, las objeciones hobsbawmianas no se circunscriben en absoluto a la expansión (casi siempre afortunada) de los estudios históricos, contrariamente sus críticas se dirigían contra las historias depositadas en «contenedores que no se comunican entre sí», o más preciso, «No existe una historia económica, o social, o antropológica o psicoanalítica: solo existe una historia a secas».⁹

Pero persiste una singularidad historiográfica, en absoluto exclusiva de este campo, todavía más demoledora para Guldi y Armitage inscrita en la primera línea de su *The History Manifesto*: «A spectre is haunting our time: the spectre of the short term».¹⁰ No se trata solo de un estudio sobre la inquietante nueva ontología existencial de una sociedad seducida y encarcelada por lo efímero que he señalado con Jameson, sino también de un alegato a favor de una renovación metodológica de la historia basada en una reactualización de la *longue durée*. Después de la celebración revisionista emprendida por la historiografía en los campos socioculturales, de género, poscoloniales, globales y transnacionales, ahora la ciencia histórica se halla cognoscitivamente renovada, según los autores, por audaces «perspectivas transnacionales y transtemporales críticas». El actual grado de la ciencia histórica puede ahora hacer frente a las «perspectivas parroquiales y el endemismo a corto plazo». Guldi y Armitage presentan esta nueva gramática historiográfica como una especie de modulador epistemológico reformista tanto teórico como socialmente, apoyándose en la vasta masa de conocimiento acumulado o *big data*: una cornucopia digital rebosante de datos ecológicos, institucionales, económicos y culturales, de la que pueden emerger alternativas a un sistema-mundo considerablemente desestructurado. Su énfasis en la categoría historiográfica de la *longue durée* y la crítica frecuentemente ambigua sobre el dominio de archivos y la microhistoria no está libre, sin embargo, de contradicciones. Su aspiración en constituir la ciencia histórica como un campo de batalla que esclarezca la naturaleza de la crisis de las sociedades contemporáneas, que «continúe la tarea de la microhistoria de desestabilizar las narrativas» afines al paradigma de la modernización y otras formas de interpretación teleológicas, adolece de una relativa confusión entre metodología y función social crítica de la ciencia histórica. Mientras esta última ha estado siempre presente en la producción científica, dejando de lado las afinidades electivas deliberadamente ideológicas y abiertamente supersimplistas, la cuestión de método nos remite a un comentario que en cierta ocasión hizo Hobsbawm sobre la observación de Lawrence Stone acerca del abandono progresivo de los macrorrelatos: «La nueva historia de hombres [mujeres] y mentalidades, ideas y acontecimientos, cabe verla como algo que complementa –en vez de suplantar– el análisis de estructuras y

9. Eric HOBBSBAM: «Pierre Bourdieu. Sociología crítica e historia social», *op. cit.*, pp. 50-51. ÍD.: *Sobre la historia*, *op. cit.*, p. 276.

10. Jo GULDI y David ARMITAGE: *The History Manifesto*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014.

tendencias socioeconómicas». ¹¹ Como veremos al analizar algunas de las corrientes historiográficas surgidas al calor de la expansión de la globalización y sobre todo tras la crisis sistémica de 2007/08, el acertado planteamiento hobsbawmiano sigue vigente y relativamente irresuelto.

En lo que sigue he pretendido contribuir al debate sobre la cambiante naturaleza de la regeneración historiográfica y de la teoría de la historia, así como la relación de la ciencia histórica con otros campos del conocimiento. Pero este trabajo no supone un distanciamiento del estudio de las condiciones sociales del mundo actual, limitándose a un debate exclusivamente teórico. La «verdadera ciencia», dice acertadamente Harvey, inicia realmente su proceso constructivo cuando «tomamos los conceptos, abstracciones y formulaciones teóricas sacándolos de nuevo a la superficie de la vida». Desde esta posición crítica, resulta obvio que la crisis sistémica del mundo actual nos sitúa bajo una atmósfera social, política, cultural, económica y ecológica que se desenvuelve en una dinámica temporal permanentemente precaria, delimitada por las contradicciones y angustias de la carga del progreso, por inquietantes incertidumbres y un nítido escepticismo con respecto al futuro. En este estado de sitio permanente, los individuos y las colectividades anhelan de forma desesperada respuestas funcionales que rompan las estructuras que los mantienen confinados dentro de los márgenes impuestos por una «era de irracionalidad política e ideológica». Pero este lógico malestar social tiende dramáticamente a adoptar un compromiso débil con la reflexión y el conocimiento históricos; precisamente por ello, no es sorprendente que se reproduzcan nuevas incertidumbres y percepciones equivocadas. De esta manera parecería confirmarse con el penetrante e intemporal pensamiento de Maquiavelo que la reproducción social se debate de forma intensa pero infructuosamente acerca de «cómo deberían ser las cosas», desplazando la pregunta central como presuntamente innecesaria, a saber, «cómo las cosas son» ¹² o, dicho de otro modo, cuál es la genealogía del pasado que ha legitimado la anatomía política del presente. Aspectos que nos sugieren examinar la evolución de una teoría dentro de su proceso contextual, es decir, histórico y comparativo.

11. Eric HOBBSAWM: «The Revival of Narrative: Some Comments», *Past & Present*, 86, febrero de 1980, pp. 3-8. El comentario de Hobsbawm coincide con una cita de Lynn Hunt subrayada por los autores del *Manifiesto* acerca de que la «historia global a muy largo plazo no es la única historia que hay para contar», la producción historiográfica *longue durée* debe articularse con los «frutos de historias locales más precisas y viceversa». Así, Guldí y Armitage argumentan que en absoluto la microhistoria ha desechado su eminente función crítica, pero verifican un desaliento académico muy generalizado desde la década de 1970 por abordar perspectivas estructurales. Véase Jo GULDI y David ARMITAGE: *The History Manifesto*, *op. cit.*, p. 217. Para una crítica al *Manifiesto* de estos autores, véase por ejemplo Lynn HUNT: «Does History need a reset?», *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, Vol. 70, 2, junio 2015, pp. 319-325; y también Deborah COHEN y Peter MANDLER: «The History Manifesto: A Critique», *The American Historical Review*, vol. 120, 2, abril de 2015, pp. 530-542.
12. David HARVEY: *El Capital y la locura de la razón económica*, Madrid, Akal, 2019, p. 249. Eric HOBBSAWM: *Un tiempo de rupturas. Sociedad y cultura en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2013. Albert O. HIRSCHMAN: *De la economía a la política y más allá*, México, D. F., Fondo de Cultura Económica, 1984.

EN DEFENSA DEL CONOCIMIENTO DIALÉCTICO

La persuasiva enunciación de Göran Therborn acerca de las luces y sombras del capitalismo tardío en una era de progreso, sospechosamente ambigua e incierta, pero, sin duda, bajo el signo hegemónico de la ideología neoliberal, regresa implícitamente al método dialéctico inmanente en Marx: «El evolucionismo dialéctico no es progresismo liberal puesto del revés, interesado solo en aumentar la indignación ante la miseria humana». La indignación, continúa elocuentemente Therborn, no es ni de lejos la que decide las «posibilidades de transformación social», es el uso apropiado de las «palancas disponibles para el cambio y una neutralización eficaz de los obstáculos al mismo». En el propio Marx la acción metodológica implica un descenso desde la observación empírica inmediata hacia las simas de los conceptos fundamentales de la realidad observada. «Donde termina la especulación, donde comienza la vida real, en consecuencia, comienza la ciencia real y positiva, la exposición de la actividad práctica, del proceso práctico de desarrollo de los hombres», escribían en *La ideología alemana* (1845-1846) Marx y Engels; allí donde las abstracciones aparecen disociadas de la vida real, «no tienen ningún valor». Resulta indiscutible para cualquier lector de Marx que su pensamiento no puede caracterizarse como «interdisciplinar en el sentido convencional», al contrario, supone una integración sistemática de «todas las disciplinas». Fue el primer pensador en interpretar el «mundo en su conjunto», es decir, un mundo que es al mismo tiempo «político, económico, científico y filosófico». Esta fecunda sistematización del pensamiento y de las relaciones humanas, sin embargo, se fue desintegrando al mismo tiempo que avanzó la profesionalización de la historia, como lo hicieron el resto de ciencias sociales, abandonando de este modo el cultivo de las «generalizaciones que habían alumbrado el pensamiento ilustrado, de Montesquieu a la escuela escocesa». Por eso, cuando Hirschman decidió reinterpretar el origen del capitalismo no albergó dudas en sumergirse en el pensamiento social de los siglos XVII y XVIII, un periodo en el que, al no existir una delimitación precisa de las disciplinas como tales, «no había fronteras interdisciplinarias que atravesar». Desde esta perspectiva, la libertad intelectual de «especular sin inhibiciones» era una premisa que en cierto modo se había infravalorado en aras de la especialización. Ahora bien, de ningún modo dichas afirmaciones deben ser consideradas como un reproche contra la «práctica de especialización legítima». Tal como enérgicamente decía Braudel ante el auditorio del Collège de France en 1950, evocando las palabras con las que Lucien Febvre había encabezado la fundación de la revista *Annales d'histoire économique et sociale* en el año de la Gran Depresión: el método y las interpretaciones de los hechos serían más provechosos si los «intercambios intelectuales fuesen más frecuentes».¹³

13. Göran THERBORN: «¿Una era de progreso?», *New Left Review*, 99, julio-agosto de 2016, pp. 30-41. Karl MARX y Frederick ENGELS: *Collected Works*, vol. 5, *Marx and Engels 1845-47*, Londres,

Pero el problema no solo gravita en torno al mayor o menor grado de integración dialéctica de las disciplinas del conocimiento. La reducción de la enseñanza superior dentro de la lógica del capitalismo global, recalca con la debida causticidad Žižek, a la «tarea de producir especialistas socialmente útiles» para la resolución de «problemas concretos» es la forma paradigmática del uso privado de la razón de Kant, es decir, constreñida por las «presunciones contingentes y dogmáticas». Desde esta perspectiva, la nueva racionalización educativa conlleva la privación del ejercicio intelectual reflexivo que opera descendiendo hasta las causas subyacentes de los problemas abordados. En otros términos, el tiempo reflexivo queda superado o es excedentario con respecto al tiempo instrumental o utilitario. Este *locus* de la enseñanza funcionalista parecería proceder ingenua o deliberadamente contra la premisa retórica de Bloch: «Para obrar razonablemente, ¿no es necesario ante todo comprender?». ¹⁴ Hoy, nuestros sistemas educativos ejercen una reproducción del conocimiento antidialéctica puesto que «cuanto más formado está uno en determinada disciplina, dice Harvey, menos probable es que se haya acostumbrado al método dialéctico». Este hecho, paradójicamente, constituye un asombroso esfuerzo pedagógico para arrebatar a los niños su innato pensamiento dialéctico. Globalmente «la enseñanza escolar y universitaria», observa Standing, «está siendo mercantilizada». Los sistemas educativos públicos han sido redefinidos de forma extraordinaria para «fomentar una ideología en lugar del pensamiento social crítico». La obsesión de la formación actual, magnificada por la irradiación mediática y confinada por una burocratización absoluta, se ciñe con demasiada insistencia a predisponer en los estudiantes la única idea de «conseguir trabajo y ganar dinero», marginando ya por omisión o por simplificación las áreas de la cultura, del arte o de la filosofía; como consecuencia, no es extraño que este cuerpo social formado acabe dramáticamente dominado «por todo lo simplista y superficial». Como tampoco ha sido fortuito que entre tantas variaciones sobre el problema de la interdisciplinariedad Prud'homme y Gingras compartan con Pieter Leroy que, tal vez, el anhelado debate entre los campos del conocimiento no haya dado los frutos deseados, quedando como un *allegro ma non troppo* de los «pseudoconsensos» académicos. Y es que «la ideología de la nueva gestión de la investigación», elaborada por la burocracia hiperactiva de la aplicación «práctica» del conocimiento, es incongruente con los requerimientos temporales largos y pausados

Lawrence & Wishart, 2010, p. 37. Eric HOBBSAWM: *Cómo cambiar el mundo*, Barcelona, Crítica, 2012, p. 22. J. J. CARRERAS: *Razón de historia. Estudios de historiografía*, Madrid, Marcial Pons, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2000. Albert O. HIRSCHMAN: *The Passions and the Interests: Political Arguments for Capitalism before its Triumph*, Princeton University Press, 1977. Fernand BRAUDEL: *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza Editorial, 1970, p. 40.

14. Slavoj ŽIŽEK: «Un permanente estado de excepción económica», *New Left Review*, 64, septiembre-octubre de 2010, pp. 80-89. Marc BLOCH: *Introducción a la Historia*, Argentina, Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 14.

de una «verdadera» producción científica interdisciplinar, o de cualquier trabajo sometido a los rigores de la verificación científica.¹⁵

Tal vez, en este sentido, pueda compartirse la afilada convergencia entre Hobsbawm y Bourdieu acerca de las «instituciones académicas» sobre las que imputaron la paradójica función de «ser los principales lugares de fabricación y definición de la dominación social». Indudablemente cuando la labor educativa queda reducida a una función meramente pedagógica disipa la imperativa «vigilancia epistemológica» ineludible en las ciencias sociales en las que, como advierte Bourdieu, «la separación entre la opinión común y el discurso científico es más imprecisa que en otros casos». Precisamente, ante la asfixiante proliferación de narrativas abiertamente supersimplificadas y maniqueas, que nos estimulan a asumir «afirmaciones que parecerían excluirse mutuamente», la dialéctica, afirma Balakrishnan, brota como la denominación operativa y conceptual que muestra la diversidad de formas «en las que podemos pensar y experimentar lo que nuestras categorías parecen situar fuera de alcance». La perspectiva dialéctica no se traduce, por tanto, en una disposición determinada hacia la resolución de «problemas existentes», contrariamente genera nuevos problemas después de haber neutralizado parcialmente los precedentes.¹⁶

Como sabemos la ciencia histórica no está libre de las simplificaciones o reducciones interpretativas de los historiadores no profesionales que con tanta frecuencia, sostiene Revel, hacen sus incursiones en el pasado «desde una perspectiva axiológica», es decir, buscando reforzar o confirmar sus «convicciones y credos personales». ¹⁷ Precisamente por ello la función pública de la historia no puede limitarse a «cultivar el ingenio intelectual porque sí», reforzando el «autoaislamiento de la academia», tal como observó Hobsbawm; como tampoco rehuir la intrusión de los no especializados puesto que en última instancia «el que está dentro» del campo experto «pierde a su vez el sentido de las consecuencias más amplias del tema». Debilitar las líneas fronterizas entre especialistas, nos persuade Braudel, no implica prescindir de la especialización, «lo que constituye un hecho muy positivo», el problema reside en la elusión sistemática que conlleva pretender analizar «los sectores de la vida humana» amparándose en «sólidas fronteras» como en otras tantas «patrias particulares», aspecto que sin duda «constituye un hecho muy negativo». Incitaciones dialécticas, pero también y al

15. David HARVEY: *Guía de El Capital de Marx*. Libro primero, Madrid, Akal, 2016, p. 20. Guy STAN-DING: *La corrupción del capitalismo. Por qué prosperan los rentistas y el trabajo no sale a cuenta*, Barcelona, Pasado & Presente, 2017, pp. 256-257. Julien PRUD'HOMME y Yves GINGRAS: «Les collaborations interdisciplinaires: raisons et obstacles», *Actes de la recherche en sciences sociales*, 210 (2015/5), pp. 40-49.

16. Eric HOBBSBAM: «Pierre Bourdieu. Sociología crítica e historia social», *op. cit.*, p. 50. Pierre BOURDIEU et al.: *El oficio de sociólogo. Presupuestos epistemológicos*, siglo XXI editores, 1975, p. 27. Gopal BALAKRISHNAN: «La contradicción futura. Acerca de *Valences of the Dialectic* de Fredric Jameson», *New Left Review*, 66, enero-febrero de 2011, pp. 33-54.

17. Jacques REVEL: *Public Uses of History: Expectations and Ambiguities*, *op. cit.*

mismo tiempo persuasivas contra las diletantes simplificaciones de la historia y su fuerza esencialista en cualquiera de sus versiones socialmente excluyentes (ya se trate del rechazo a la alteridad antropológica o de cualquier ontología determinista). Es decir, no podemos liberarnos de una cierta ética social con la que construimos nuestra narrativa historiográfica, pero tampoco podemos escapar de los juicios de valor sin los cuales nuestros resultados serían evanescentes. Ricoeur lo expresó con admirable claridad en *Ideología y Utopía*: «apostamos en favor de cierta serie de valores y luego tratamos de ser consecuentes con ellos; por eso la *verificación* es una cuestión de toda nuestra vida».¹⁸

Siendo así, la dialéctica se define como un proceso y no una «cosa», es decir, que los elementos consustanciales de la dialéctica, señala Harvey pensando en el materialismo histórico, «desaparecen dentro del flujo de las prácticas políticas y teóricas». Por ello, toda aproximación a la teoría de la historia y su relación con otras ciencias del pensamiento ha de ser considerada a la luz de la atmósfera social e intelectual del presente, independientemente de la profundidad cronológica de la investigación, entre otros factores porque «ninguna metodología es inocente». Un argumento que nos conduce a su fórmula proporcionalmente inversa y con la misma validez (a pesar de las fuertes connotaciones del ahistoricismo funcionalista todavía dominantes en las ciencias sociales), citando a Michelet: «quien quiera atenerse al presente, a lo actual, no comprenderá lo actual». Y es que, difícilmente puede reducirse la ciencia y particularmente la ciencia histórica a un «conjunto de procesos de pensamiento internos e incorpóreos»; toda disciplina, dice Iggers, implica «a seres humanos vivos que operan dentro de un marco de instituciones académicas y científicas» y proceden a través de planteamientos y argumentos sobre la «naturaleza de la realidad» que examinan.¹⁹ Argumentos que nos inducen a explorar el clima intelectual y social del tiempo presente.

«PRESENTE PERMANENTE», O EL TEOREMA DE SANTAYANA

«Los viejos mapas que guiaban a los seres humanos, individual y colectivamente, por el trayecto de la vida ya no reproducen el paisaje en el que nos desplazamos y el océano por el que navegamos», escribía Hobsbawm en su soberbia *Historia del siglo XX, 1914-1991*. La fuerza revolucionaria del capitalismo, es cierto, no ha dejado de transformar el mundo, desintegrando los viejos valores y mutando

18. Eric HOBBSBAWM: *Sobre la historia*, op. cit., pp. 146-147. Fernand BRAUDEL: *La historia y las ciencias sociales*, op. cit., pp. 182-183. Paul RICOEUR: *Ideología y utopía*, Barcelona, Gedisa, 1994, p. 326.

19. David HARVEY: *Justice, Nature & the Geography of Difference*, Oxford, Blackwell Publishing, 1996. J. J. CARRERAS ARES: *Razón de historia*, op. cit., p. 234. Marc BLOCH: *Introducción a la Historia*, op. cit., p. 32. Georg G. IGGERS: *La historiografía del siglo XX. Desde la objetividad científica al desafío posmoderno*, Chile, Fondo de Cultura Económica, 2012, p. 46.

sin cesar las relaciones sociales. Sin embargo, durante los últimos años del siglo XX en ciertos aspectos de la vida social se vislumbraban una serie de cambios extraordinariamente insólitos. La corrosión de la memoria colectiva, el estallido de un individualismo radical (asocial y anómico) y la progresiva desintegración de las estructuras normativas e institucionales de la segunda posguerra mundial eran algunos de los fenómenos sociales que podían percibirse con cierta nitidez en el mundo angloestadounidense de la década de 1990. Un mundo que tras la implosión de la Unión Soviética (1989-1991) no iba a dejar un milímetro de tierra incólume bajo el predominio del *establishment* ultraliberal. En este nuevo horizonte social de inspiración claramente funcionalista y hayekiana, la «memoria histórica» estaba siendo severamente minada. «La destrucción del pasado, o más bien de los mecanismos sociales que vinculan la experiencia contemporánea del individuo con la de generaciones anteriores –escribió el historiador–, es uno de los fenómenos más característicos y extraños de las postrimerías del siglo XX». La vida cotidiana de la mayor parte de las sociedades actuales se desenvuelve dentro de los límites de un extraño «presente permanente», en el que se halla diluida cualquier «relación orgánica» con el pasado, incluso con el pasado más inmediato.²⁰ Un argumento similar lo ofrecía Guy Debord en *Commentaires sur la société du spectacle* al afirmar que «los hombres y las mujeres de hoy difieren de sus padres porque viven en un presente que quiere olvidar el pasado y ya no parece creer en el futuro».²¹ De las «verdades eternas» habíamos dado un salto cuántico hacia la «transitoriedad y la fragmentación».²² Sin embargo, cuando se produjo la mayor crisis sistémica desde los años de la Gran Depresión (1929), lo que podía concebirse como un espejismo posmoderno, propio de los años ochenta y noventa adulterados por la fiebre especulativa y crediticia, acabó convirtiéndose nada menos que en la deslegitimación de la secular idea de progreso. Así lo ha entendido Fontana:

La crisis económica mundial que ha afectado al mundo entero desde 2007-2008 ha conducido al descredito la visión tradicional de la historia, asentada en nuestra cultura desde los tiempos de la Ilustración, que sostenía que la evolución del ser humano está indisolublemente unida al progreso. Esta visión daba fundamento a un cuadro de evolución de la humanidad como un ascenso sin

20. Eric HOBBSBAWM: *Historia del siglo XX, 1914-1991*, Barcelona, Crítica, 1995, pp. 13 y 26.

21. Guy DEBORD: *Commentaires sur la société du spectacle*, Verso, Londres, 1990. Debord había publicado en 1967 un «texto profético», *La société du spectacle* (Buchet-Chastel, París), donde aparecen los signos inequívocos de la sociedad de consumo de satisfacciones efímeras del presente. Los «programas de televisión y otros productos de los medios de comunicación, como películas, conciertos, exposiciones y acontecimientos deportivos y megaculturales, hasta el turismo», constituyen ahora un campo casi global de consumo. «Todavía más interesante es ver cómo el capital moviliza a los consumidores para que produzcan sus propios espectáculos a través de YouTube, Facebook, Twitter y otras redes sociales». Véase en el excelente ensayo sobre la perturbadora dinámica del capital de David HARVEY: *Seventeen Contradictions and the End of Capitalism*, Londres, Profile Books, 2014, p. 236.

22. David HARVEY: *La condición de la posmodernidad*, op. cit., pp. 359-360.

interrupciones, desde la invención de la agricultura hasta la revolución tecnológica actual, completado por un progreso paralelo de avances colectivos, a partir de las libertades individuales por la Revolución francesa y de la de los derechos sociales en los siglos XIX y XX.²³

Es cierto que Paul Valéry –quien concebía la historia como el «producto más nocivo que la química del intelecto haya elaborado jamás»–²⁴ ya había reflejado el pesimismo del ambiente intelectual de *fin de siècle*. Un pesimismo que, sin embargo, era percibido como una decadencia o destino individual. La decadencia colectiva, esto es, los «pueblos sin historia» que en nombre del liberalismo político económico y del imperialismo finisecular había que tutelar, siempre se hallaba fuera de las fronteras de la Razón que gravitaba en y desde Europa. Pero la guerra de 1914 erigió sus propias ruinas y sobre ellas podía entonces Europa comenzar a meditar sobre su propio descenso y decadencia; aun así, con todo, su hundimiento todavía no había alcanzado las simas distópicas de los totalitarismos de la Segunda Guerra Mundial. Después de la derrota del fascismo y del nazismo, cuya historia en ocasiones acabó siendo higienizada por versiones tan bipolares como el ideológico mundo de la Guerra Fría, comenzó la era keynesiana y sus *trente glorieuses*. Un periodo de la historia del siglo XX en el que las sospechas acerca de que Occidente podía quedar marcado en el futuro por «una obscenamente desigual distribución de la riqueza y el poder», y generar a su vez «nuevas y humillantes jerarquías», así como que la incontrolada actividad antrópica podía contribuir a ampliar las expectativas de «conducir al planeta a un estado menos propicio para el desarrollo humano», parecían poco probables.²⁵ Aunque, evidentemente, tales sospechas fueran compartidas como siempre por una exigua minoría intelectual. Porque, más allá de la vacuidad del optimismo panglosiano, las voces críticas con el capitalismo como un sistema que engendra permanentes desigualdades siempre han estado presentes. En tiempos de crisis o incluso durante periodos de cierta estabilidad política y crecimiento económico nunca desaparecieron de las corrientes intelectuales heterodoxas las sospechas fundadas sobre la tendencia del pensamiento dominante en cada época a generar una sociedad alienada, ejerciendo, como observó Gramsci a través de su concepto de hegemonía, un complejo y efectivo medio de control y dominio sobre las bases del cuerpo social. De hecho, como sabemos, la «ciencia y la vida cotidiana» nunca dejaron de mantener una estrecha relación orgánica, tal como quedó elocuentemente definida por Max Planck durante el periodo de entreguerras. Un

23. Josep FONTANA: *La historia de los hombres: el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2013, p. 210.

24. Pierre VILAR: *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Barcelona, Crítica, 2013, p. 10.

25. Juan J. CARRERAS ARES: «Fin de siglo y milenarismos invertidos», en Ángel VACA LORENZO: *En pos del tercer milenio: apocalíptica, mesianismo, milenarismo e historia*, Universidad de Salamanca, 2000a, pp. 225-244. Pankaj MISHRA: *La edad de la ira. Una historia del presente*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2017, p. 21. Johan ROCKSTRÖM *et al.*: «A safe operating space for humanity», *Nature*, vol. 461, 24 de septiembre de 2009, pp. 472-475.

periodo caracterizado por la conmoción que provocó la caída del mundo que había pertenecido a la burguesía liberal, pero en el que, sin embargo, los «contornos del nuevo no estaban todavía claramente esbozados». Los argumentos del precursor de la teoría cuántica tienden a solaparse, en cierto modo, con los anteriores de Fontana, aunque cada crisis evidentemente genera sus propias contradicciones. Aun así, las palabras de Planck evocan el malestar de las sociedades actuales por cuya anatomía patológica transcurre un individualismo anómico y solipsista, fomentado por el ruido mediático de las redes sociales, así como por el cultivo insensible y deliberado de la mentira política, ahora registrada por el vocabulario experto con el neologismo *post-Truth*, aspectos sobre los que volveré después.

Estamos viviendo un momento singular de la historia. Es un momento de crisis en el sentido literal de la palabra. En cada rama de nuestra civilización espiritual y material parecemos haber llegado a un momento crítico. Este espíritu se manifiesta no solo en el estado real de los asuntos públicos, sino también en la actitud general hacia los valores fundamentales de la vida social. Apenas hay un principio científico que no sea negado por alguien. Y al propio tiempo, cualquier teoría, por absurda que sea, puede hallar prosélitos y discípulos en un sitio u otro.²⁶

Paradójicamente, a pesar de estar sumergidos en las abruptas consecuencias de la mayor crisis del capitalismo desde la década en la que escribió esas palabras Planck, la «imagen académica tradicional» continúa esculpida en el postulado de que el «camino adoptado», es decir, el del «desarrollo del capitalismo» era (y es) la vía necesaria para alcanzar el crecimiento económico y su lógica consecuencia, el progreso. Desde esta perspectiva ideológica, es evidente que los movimientos renuentes a la «natural» tendencia evolutiva del capitalismo no son más que obstáculos que deben ser abolidos. Si el «objetivo de la burguesía fue integrar a las masas populares en su visión de la sociedad y de la historia» dentro de las líneas de una «narrativa casi sin fisuras» heredera de los «logros» de la tradición «ilustrada», así como de sus «excelsos valores universales»,²⁷ no ha sido otro el perseguido vehementemente por la revolución conservadora neoliberal. Sus ideólogos han sabido construir todo un discurso hegemónico basado en una combinación de sacralización de la propiedad privada y la desintegración de los proyectos colectivos, subsumiendo al mismo tiempo dentro de este nuevo «capitalismo robinsoniano» las esferas de la vida pública y privada.²⁸ No es extraño,

26. Max PLANCK, citado en Eric HOBSBAWM: *Historia del siglo XX*, op. cit., p. 536.

27. Josep FONTANA: *Capitalismo y democracia 1756-1848. Cómo empezó este engaño*, Barcelona, Crítica, 2019, pp. 145-146. Gonzalo PONTÓN: *La lucha por la desigualdad. Una historia del mundo occidental en el siglo XVIII*, Barcelona, Pasado & Presente, 2016, p. 670.

28. Germán CARRILLO: «La desintegración civil del *demos* moderno. Sobre la naturaleza de la ruptura política en las sociedades financiarizadas», *Intersticios. Revista Sociológica de Pensamiento Crítico*, vol. 12(2) (2018), pp. 5-19.

pues, el hecho de que la crisis occidental, que se acelera vertiginosamente desde la década de 1970, haya mantenido una fuerte correlación con el contraataque del relativismo posmoderno hacia el valor de la objetividad y particularmente contra la objetividad histórica. A partir de la década citada adquirió notoriedad un «nuevo escepticismo» concerniente al intento de interpretar «la estructura y el cambio de las colectividades humanas a través de las ciencias sociales». Así, tanto la sociología como la antropología social fueron adquiriendo una cierta actitud «antiojetiva y antiestructural», combinando versiones de la denominada «teoría crítica» para generar finalmente «algunas de las formas extremas del relativismo posmodernista». Por su parte, la «economía neoclásica» no ha dejado de demostrar con elegantes y sofisticadas ecuaciones que el comportamiento social puede reducirse a «una conglomeración de individuos que persiguen racionalmente sus intereses y cuya finalidad era un equilibrio ahistórico de mercado».²⁹

Una conspicua figura del relativismo ha sido Hayden White, que en 1973 publicaba *Metahistory*, donde «define el trabajo historiográfico como una estructura verbal bajo la forma de un discurso narrativo en prosa», que cataloga «estructuras y procesos» del pasado para interpretarlos a través de su modelación. En otros términos, el historiador selecciona hechos acontecidos y los reajusta en una gramática narrativa en prosa.³⁰ Unos años después White subrayaría que la historiografía ha hecho de la «narrativa un valor», cuya representación discursiva, «que tiene que ver con hechos reales», indica a un mismo tiempo su «objetividad como su seriedad y su realismo». «He tratado de sugerir –continúa el teórico– que este valor, junto a la narratividad en la representación de eventos reales surge del deseo de que los eventos reales muestren la coherencia, integridad, plenitud y cierre de una imagen de vida que es y solo puede ser imaginaria». Naturalmente, toda narrativa histórica es y solo puede ser selectiva, modelada e incluso desfigurada por el historiador, sin embargo, es poco plausible compartir la tentativa de reducir la *praxis* historiográfica a un ejercicio cosmético de literatura «puramente imaginativa». En un ejemplo claramente contradictorio, dice Iggers, Hayden rechaza moralmente la «realidad del Holocausto», pero a la vez arguye sin ambages la imposibilidad de narrar objetivamente dentro de una estructura narrativa el acontecimiento ocurrido. Hay que precaverse con Marx de aquella historiografía que no ha logrado desembarazarse del peso muerto de la palabra: «cree a cada época por su palabra, por lo que ella dice acerca de sí misma y lo que se figura ser», al tiempo que «en la vida vulgar y corriente todo *shopkeeper* sabe perfectamente distinguir entre lo que alguien dice ser y lo que realmente es».³¹

29. Eric HOBBSBAWM: *Cómo cambiar el mundo*, op. cit., p. 398.

30. Hayden WHITE citado en Slavoj ŽIŽEK: *Contra golpe absoluto. Para una refundación del materialismo dialéctico*, Madrid, Akal, 2016.

31. Hayden WHITE: «The Value of Narrativity in the Representation of Reality», *Critical Inquiry*, vol. 7, n. 1, Autumn (1980), pp. 5-27. Georg G. IGGERS: *La historiografía del siglo XX*, op. cit., pp. 38-39. Karl MARX y Frederick ENGELS: *Collected Works*, vol. 5, op. cit., p. 62.

Existe, sin embargo, una reinterpretación relativamente nueva y tal vez más precisa de esta aparente contradicción ofrecida por White. Para un autor como Žižek, cuyo espíritu analítico se desenvuelve amplia y profundamente a través de la literatura, el cine o la química política, existe una brecha entre «la verdad (fáctica) y la veracidad». Es en los intersticios de esa brecha, característica infalible de las formas narrativas de la historiografía, donde se aloja lo «primordialmente reprimido» (*Ur-verdrängt*). Si pretendemos realizar una reconstrucción *total* del contenido narrativo, señala Žižek, debemos trasladar nuestra lente analítica «más allá del contenido explícito como tal», incluyendo por tanto aquellos aspectos formales «reprimidos» de la narración. Se trata de un giro dialéctico que reclama una cierta perspectiva freudiana, como reconoce el propio Žižek y que Mishra contrapone al vetusto edificio del individualismo racional: «Más allá de las simples transacciones mundanas se extienden los vastos dominios del inconsciente». De este modo, la parte del intelecto del cálculo racional (tan deificado por la economía ortodoxa) es, como elocuentemente dijo Freud, «una entidad débil y dependiente, juguete e instrumento de nuestros impulsos y emociones». La sabiduría de Fontana, cuya fuerza empirista ha sido más que demostrada, insiste en que los nuevos horizontes historiográficos no pueden eludir el «peso de la irracionalidad en las actuaciones humanas»; pero tampoco el contacto con las contribuciones del campo de la neurociencia con el fin de comprender algo más nítidamente «los motivos que guían las acciones humanas». Una pertinente invocación revisionista para un actual escenario político y social por donde deambulan en un mismo acto tragicómico interpretaciones anacrónicas y discursos maniqueos, encarnados en la nueva labor política invariablemente asociada a la revolución neoliberal de la mentira experta. Por ello mismo, cabe interrogarse cómo puede sostenerse la «antigua tradición crítica independiente», inherente al pensamiento intelectual de los siglos XIX y XX, en la «nueva era de la irracionalidad política», ratificada por su escepticismo sobre el futuro. Es una paradoja del mundo actual, dice sucintamente Hobsbawm, que esta «irracionalidad política e ideológica» no halle demasiadas restricciones para convivir «con la tecnología avanzada; en realidad usan este recurso».³²

Lo cierto es que como ya observara Pierre Nora hace más de cuatro décadas, cuando todavía el ruido mediático y los *geeks* del valle del silicio yacían bajo el lecho de la futurología, la interpretación histórica parecía estar quedando cautiva por el monopolio de los medios de comunicación de masas. Hoy, tal vez más que nunca, bajo el telón de fondo del abigarrado teatro mediático proliferan los *profesionales*, los *expertos*, que a su vez actúan como ventrílocuos sociales generando

32. Slavoj ŽIŽEK: *Contragolpe absoluto*, op. cit., pp. 111-112. Pankaj MISHRA: «La política en la era del resentimiento. El oscuro legado de la Ilustración», en Santiago ALBA RICO et al.: *El Gran Retroceso. Un debate internacional sobre el reto urgente de reconducir el rumbo de la democracia*, Seix Barral, 2017, pp. 211-230. Josep FONTANA: *La historia de los hombres: el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2013, p. 221. Eric HOBBSAWM: *Un tiempo de rupturas*, op. cit., p. 195.

diferentes espectros de opinión pública. De este modo, en la sociedad de masas las opiniones individuales se hallan constituidas y modelizadas por los intereses particulares de «grupos de presión movilizados en torno a un sistema de *intereses* explícitamente formulados»; como consecuencia, dice taxativamente Bourdieu, «la opinión pública no existe», aun cuando todo el mundo crea convincentemente tenerla formada. Un cuadro social que, como ha señalado Pontón, parece obrar en contra de la propia razón kantiana y su defensa de la libertad de opinión pública que contrapone a la opinión privada. «Los hombres deben abandonar su falta de madurez (*Unmündigkeit*) y utilizar los conocimientos que ya han adquirido (*eigenen Verstandes*) con independencia de lo que digan otros». En la nueva era encarnada por la información masiva, la configuración de la opinión pública queda, de este modo, subsumida por el *pathos* emocional y las creencias personales cuya fuerza persuasiva, según parece, no se somete ante la verificación de los hechos objetivos, tal como nos recuerda la proliferación del neologismo *post-Truth*. Un horizonte societal en el que el relativismo extremo parece haberse incrustado en el imaginario colectivo con una fuerza irreductible. Y, sin embargo, cuando salimos de este estupor la imagen del presente no es tan complaciente, y el *Débat sur l'explication en histoire et en sociologie* (1908) entre Durkheim y Seignobos, en el que el primero interpelaba al historiador acerca de «s'il admet ou non la réalité de l'inconscient», nos estimula de nuevo por usar la expresión braudeliiana a situar «los pies en el suelo».³³

En *La edad de la ira*, Pankaj Mishra traza un arco histórico entre las turbulencias políticas e ideológicas de la década de 1890, esto es, el momento histórico de aceleración de la «primera fase de globalización económica», el turboimperialismo con su supremacismo blanco y las guerras coloniales, y la *historia del presente* caracterizada por una «amnesia histórica paralizante». Para Mishra, la actual conmoción radical de alienación universal, junto con una extensión de la violencia global, parecen ofrecer un cuadro distópico de una de esas «coyunturas esclarecedoras que hemos olvidado». Recientemente «ha estallado una violencia salvaje en una amplia franja de territorios: guerras en Ucrania y Oriente Medio, bombas suicidas en Bélgica, Xianjiang, Nigeria y Turquía, insurgencias desde Yemen a Tailandia, masacres en París, Túnez, Florida, Dacca y Niza». Pero los campos de batalla se dirimen además por el control económico, financiero y cibernético, «guerras por y a través de la información, guerras por el control del comercio de drogas y la emigración, y guerras entre milicias urbanas y grupos mafiosos». En el futuro, los historiadores tal vez observen este nuevo orden caótico como el inicio

33. Pierre NORA: «La vuelta del acontecimiento», en Jacques LE GOFF y Pierre NORA: *Hacer historia. Nuevos problemas*, Barcelona, Laia, 1978, p. 223. Pierre BOURDIEU: «La opinión pública no existe», *Les temps modernes*, 318 (1973), pp. 1292-1309. Gonzalo PONTÓN: *La lucha por la desigualdad*, *op. cit.*, p. 556. Émile DURKHEIM: «Débat sur l'explication en histoire et en sociologie», *Bulletin de la société française de philosophie*, 8 (1908), pp. 229-245. Fernand BRAUDEL: *La historia y las ciencias sociales*, *op. cit.*, p. 180.

de «la tercera –y la más larga y más extraña– de todas las guerras mundiales; una guerra que se asemeja, por su ubicuidad, a una guerra civil global». ³⁴ Parece, como ya sabía Marx, que las posibilidades de la historia adquieren a veces un carácter regresivo. Esta idea aparece también en *Seventeen Contradictions and the End of Capitalism*, donde Harvey ofrece una perspectiva de esas coyunturas olvidadas en las que «el privilegio de clase y el poder oligárquico capitalistas» conducen al globo en una dirección increíblemente «similar en todas partes». La revolución conservadora reacia a subvertir los privilegios de los sectores financieros y de los cosmopolitas de la globalización, tras socavar las expectativas del capitalismo democrático redistributivo surgido tras la segunda posguerra, nos ha devuelto a un mundo en el que no resulta extraño «recoger las descripciones de las condiciones laborales actuales, por ejemplo, en las fábricas de componentes electrónicos de Shenzhen, en las fábricas de ropa de Bangladés, o en los talleres y pequeñas fábricas de trabajo esclavo de Los Ángeles» y encajarlas sin dificultad alguna dentro del análisis de la Jornada Laboral de *El Capital* de Marx y, sorprendentemente, ¡no percibir diferencia alguna! ³⁵

Naturalmente, la idea que subyace en Mishra y Harvey fue enunciada hace tiempo por Hirschman como una patología frecuentemente más tóxica en la historia de las ideas que en la *histoire événementielle*: «circunstancias vagamente similares en dos puntos del tiempo diferentes y tal vez distantes pueden muy bien suscitar respuestas ideológicas idénticas e idénticamente erróneas si se ha olvidado el episodio intelectual previo». Por ello invocaba el elegante teorema de George Santayana: «quienes no recuerdan el pasado están condenados a repetirlo». Es obvio que no estamos regresando al siglo XIX, pero, con certeza, los acontecimientos que la Gran Recesión de principios de este siglo ha desencadenado globalmente, poniendo de relieve las alteraciones (y contradicciones subyacentes) a las que se hallan sometidas las bases materiales, sociales y ecológicas para el desarrollo de la vida humana, no surgieron de forma espontánea sin relación orgánica con el pasado. Como sugirió perspicazmente John K. Galbraith al estudiar la crisis de 1929, «la crisis de mayor auge especulativo [...] de los tiempos modernos»: «Es muy importante conservar viva la memoria de aquellos días [...]» porque si hay algo que prevenga estos ciclos especulativos «es el recuerdo de cómo, en el pasado, la gente sustituyó la realidad por la ilusión y se pilló los dedos». En términos más generales, en la historia hay momentos de «progreso» pero también de involución y es poco objetable afirmar que estamos inmersos en un periodo de transición sombrío. Tal vez por ello admita pocas objeciones el *pessimismo dell'intelligenza* del sociólogo Wolfgang Streeck sobre el poder de transformación social de las ciencias sociales, las que «pueden hacer muy poco, o

34. Pankaj MISHRA: *La edad de la ira*, op. cit., pp. 13-14 y 50.

35. David HARVEY: *Seventeen Contradictions and the End of Capitalism*, Londres, Profile Books, 2014, pp. 291-292.

quizá nada, para resolver las tensiones y contradicciones estructurales que subyacen bajo el desorden económico y social actual. Lo que sí pueden hacer, no obstante, es exponerlas a la luz y discernir las continuidades históricas que permiten entenderlas plenamente». Los historiadores e historiadoras, dice Sarah Maza no sin cierto *ottimismo della volontà*, constituyen el cuerpo intelectual más cualificado para mostrar al resto de las ciencias sociales «los problemas a lo largo del tiempo» y, por tanto, para realizar las «preguntas correctas» que requieren las peligrosas turbulencias de nuestro tiempo.³⁶

Sin embargo, cabe interrogarse si podemos continuar interpretando con rigor la asombrosa transformación del mundo actual, su permanente condición mutable, manteniendo los campos del conocimiento aislados o, por el contrario, se requiere un salto revolucionario, una transgresión, que atraiga los campos del conocimiento dispersos y aislados por los círculos académicos. Incluso cabría plantear si son fundadas las sospechas de Jameson acerca de unas disciplinas académicas «periclitadas» para historizar la superestructura posmoderna y su base de operaciones económica, la globalización neoliberal.³⁷

TRANSGRESIONES DE LA HISTORIA

Para aquellos historiadores que han concebido la naturaleza de la práctica historiográfica como una labor intelectual de sistematización de las relaciones humanas, el sugerente esbozo metodológico planteado por Harvey en *The Ways of the World* tal vez no sea revelador, sin embargo, merece la pena exponerlo. Persiguiendo una lógica dialéctica capaz de interpretar la evolución del capitalismo, el autor categoriza siete «esferas de actividad», ninguna de las cuales obtiene preeminencia sobre las otras, a saber: «tecnología y formas organizativas, relaciones sociales, dispositivos institucionales y administrativos, procesos de producción y trabajo, relaciones con la naturaleza, reproducción de la vida cotidiana y de las especies» y, por último, *mentalités* o «concepciones mentales del mundo». Evidentemente «el peligro para las ciencias sociales, así como para la comprensión popular –señala sin perifrasis Harvey–, es considerar una de las esferas como determinante y las otras como subordinadas». Esta elocuente proposición metodológica nos remite, por un lado, a un programa coherente con la transgresión de los constreñimientos autoimpuestos por las especialidades académicas

36. Albert O. HIRSCHMAN: *The Passions and the Interests*, *op. cit.*, p. 133. John K. GALBRAITH: *El crack del 29*, Barcelona, Ariel, 1976, p. 7. Wolfgang STREECK: «La crisis del capitalismo democrático», *New Left Review*, 71, noviembre-diciembre de 2011, pp. 5-26. Sarah MAZA: *Thinking About History*, Chicago y Londres, The University Chicago Press, 2017, p. 237.

37. Esther BEECKAERT *et al.*: «The 'Societal Turn' Historicizing Future Society», *Tijdschrift voor Sociale en Economische Geschiedenis*, vol. 15, n. 2/3, diciembre de 2018, pp. 113-128. Fredric JAMESON: «La estética de la singularidad», *op. cit.*, p. 114.

que, como recalca Braudel, debe plantear programas rigurosamente razonables; procurando, en todo caso, que la *ruptura* no termine siendo un juego intelectual aparentemente ecléctico pero edificado sobre un terreno teóricamente yermo. Por otro lado, y relacionado con la idea anterior, Harvey aviva una dialéctica metodológicamente pluralista sobre la base analítica de problemas concretos, es decir, una aproximación metodológica renovada y ampliada de la *histoire problème*. Resulta obvio, aunque debe recordarse con Febvre, que «el historiador no va rodando al azar a través del pasado, como un traperero en busca de despojos, sino que parte con un proyecto preciso en la mente, un problema a resolver, una hipótesis de trabajo a verificar».³⁸

Pero además nos permite insistir en un debate historiográfico relativamente irresuelto, que no es otro que la tradicional y estéril dicotomía entre la elección de perspectivas macro o microanalíticas. Una elección ajustada básicamente a la división del trabajo académico en disciplinas que, en cierto modo, constituye una falsa oposición puesto que el enfoque que ofrece el *telescopio* es tan ineludible como la perspectiva local del *microscopio*; ambas configuraciones analíticas son mutuamente interdependientes.³⁹ «Mientras aceptemos que estamos estudiando el mismo cosmos –afirmó hace tiempo Hobsbawm–, la elección entre microcosmos y macrocosmos es una cuestión de seleccionar la técnica apropiada». Dicho de otro modo, empíricamente «ninguna tendencia mundial puede tener realidad a menos que se observe en varias situaciones locales». Por eso, es evidente que toda metodología susceptible de interpretar las relaciones humanas, tal como han enunciado Wallerstein y colegas, ha de fundamentarse en la *interacción* «en cualquier nivel, desde grupos pequeños hasta mercados, países y sistemas mundiales» que, en definitiva, constituye la relación molecular de las redes humanas en la historia, «siempre redes de conexiones mutuas ubicadas en algún lugar del espacio social y geográfico». Para Hobsbawm la *interacción* fue siempre concebida como un campo de experimentación metodológico. En la conferencia pronunciada en el Birkbeck College en 1979 alentaba a los futuros historiadores a interrogarse sobre «el modo de interacción de diferentes aspectos de la vida humana», por ejemplo, «entre la ciencia económica, la política, las relaciones familiares y sexuales, la cultura en sentido amplio o estrecho, o la sensibilidad». Pero, naturalmente, un ejercicio intelectual así requiere a su vez de un cierto grado de desprendimiento del excesivo «respeto por la autonomía de

38. David HARVEY: *The Ways of the World*, Londres, Profile Books, 2016. Fernand BRAUDEL: *La historia y las ciencias sociales*, op. cit., p. 182. Lucien FEBVRE: *Combates por la historia*, Barcelona, Ariel, 1982, p. 22.

39. En estos planteamientos subyacen, tal como ha dicho Chacón, las formas cognoscibles representadas por códigos binarios de carácter dialéctico: «(estructura-suceso, larga duración-coyuntura, macro-micro, universal-local) que constituyen en definitiva la gramática del «denominador común de las contradicciones espacio-temporales» relativa a una de las «lógicas más complejas de la historia social: individuo-colectividad». Véase Francisco CHACÓN JIMÉNEZ: «La revisión de la tradición: prácticas y discursos en la nueva historia social», *Historia Social*, 60 (2008), pp. 145-154.

las disciplinas». Ejercicio que, en cierto modo, puede verse contaminado por la *metabasis* aristotélica, esto es, «la aplicación de conceptos de un campo a otro» por simple analogía, sobre la que nos previene Philip J. Davis, sin infravalorar, por supuesto, los fértiles beneficios que frecuentemente se obtienen después de una intensa actividad de sinergia intelectual. Porque, sin duda, tras los vetustos muros de la división del trabajo académico, el mundo y la reproducción social funcionan de forma mucho más interdependiente. Si, por ejemplo, la economía y la psicología en el comportamiento cotidiano de la vida social no se hallan confinadas en esferas cognitivas aisladas, ¿por qué deberíamos continuar examinándolas bajo el estricto rigor de la exclusividad disciplinaria? La publicidad y sus hueros mensajes, por más irracionales que sean, constituyen la prueba más evidente de que el crecimiento económico de las economías capitalistas actuales no puede mantenerse al margen del control efectivo de los deseos y emociones de la gente. Por ello «entender, desarrollar y controlar sus sueños», dice Streck, es una inquietud esencial de la economía política en las sociedades del capitalismo de consumo.⁴⁰

Como ha escrito David Christian, un notable exponente de la nueva corriente historiográfica «Big History», en su ambiciosa y meritoria *Introducción a la Gran Historia*: las sociedades actuales precisan con cierto apremio dilucidar «la humanidad como un todo», especialmente o precisamente porque habitamos «en un mundo con armas nucleares y problemas ecológicos que desbordan las fronteras nacionales». Pero también porque después de varias décadas de la presunta desintegración de los *metarrelatos*, del triunfo del funcionalismo ahistórico, del relativismo extremo y la teleología de la modernización neoliberal –aspectos intelectuales e ideológicos que se ajustaron con los años dorados del capitalismo de la segunda posguerra y la posterior implosión de la antigua Unión Soviética– se revela nítidamente la incapacidad de «discernir una pauta racional en el caos mundial». *A fortiori*, precisamos de una «visión histórica que crea en la existencia de una lógica profunda en el despliegue del tiempo». Es evidente que requerimos de «ángulos no convencionales», de perspectivas generales a través de las cuales podamos arrojar luz sobre «los problemas y las posibilidades que se ciernen y que comúnmente son evitadas o criticadas» por las afinidades electivas epistemológicas más reacias a subvertir las posturas escolásticas del pensamiento.⁴¹

40. Eric HOBBSAWM: «The Revival of Narrative, *op. cit.*, p. 7. Immanuel WALLERSTEIN *et al.*: *¿Tiene futuro el Capitalismo?*, México D. F., Siglo XXI, 2015, pp. 235-236. Eric HOBBSAWM: *Sobre la historia*, *op. cit.*, p. 81. David CHRISTIAN: *Mapas del tiempo. Introducción a la «Gran Historia»*, Barcelona, Crítica, 2010, p. 28. Philip J. DAVIS: «Entropy and Society: Can the Physical/ Mathematical Notions of Entropy Be Usefully Imported into the Social Sphere?», *Journal of Humanistic Mathematics*, vol. 1, Issue 1, enero de 2011, pp. 119-136. Wolfgang STREECK: «La misión pública de la sociología», *op. cit.*, p. 249.

41. David CHRISTIAN: *Mapas del tiempo*, *op. cit.*, p. 28. Pankaj MISHRA: *La edad de la ira*, *op. cit.*, pp. 43-44. Immanuel WALLERSTEIN *et al.*: *¿Tiene futuro el Capitalismo?*, *op. cit.*, p. 235.

Sin embargo, la devoción por la ruptura y la seducción por la innovación, aspectos siempre marcados por vigorosos y enriquecedores debates, también y de forma inevitable, suscitan ambivalencias intelectuales, y la renovación puede adolecer de una cierta labilidad. Así, por ejemplo, Hobsbawm nos persuadía contra aquellas tendencias historiográficas que mantienen un cierto carácter exclusivista, esto es, «una historia que esté concebida *solo* para los judíos (o los afroamericanos, o los griegos, o las mujeres, o los proletarios, o los homosexuales) no puede ser historia buena, aunque puede ser reconfortante para quienes la cultiven». Un argumento similar sostiene Iggers cuando afirma que las «demandas» de aquellos sectores de la población excluidos de las «narrativas históricas» conservadoras o, más exactamente, de las historias oficiales, sobre todo la historia concerniente a «las mujeres y a las minorías étnicas», condujeron a una renovación del cultivo historiográfico, de «nuevas historias», que en ocasiones formaba parte de una estructura narrativa «más amplia, pero con mayor frecuencia, no».⁴²

Aun así, ciertamente la franja gris de la vida de la gente común que quedaba fuera de la historización convencional comenzó a emerger cuando la escuela historiográfica fundada en los años setenta por Ranajit Guha, *Subaltern Studies*, de clara inspiración gramsciana, puso patas arriba la historiografía nacionalista de la India, cuya independencia se reducía a una narrativa protagonizada por sectores elitarios. Por su parte y con anterioridad, la historiografía francesa a través de figuras como Marc Bloch y Georges Lefebvre había hecho florecer, de nuevo, la *history from below*, cuya pluma inaugural probablemente pueda atribuirse al «primero de los grandes historiadores de los de abajo», Michelet y sus estudios sobre la Revolución francesa. Tal vez por ello Hobsbawm afirmaba tener contraída una deuda con los *annalistas*, aunque matizaba que esta era mayor con Marc Bloch que con Lucien Febvre, y más tarde con Fernand Braudel. Lo que consolida la idea de la influencia del ambiente francés entre el círculo de historiadores marxistas británicos tales como el citado Hobsbawm, Edward P. Thompson o Christopher Hill, que en 1952 fundaron la revista *Past and Present*. Si bien Hobsbawm puntualizaba «tratábamos de hacer algo distinto, y pese a ello, respetábamos y deseábamos demostrar nuestro respeto por este gran predecesor en lo que podríamos denominar *historia de oposición*, historia contra el *establishment*. Desde luego cuando fundamos nuestra revista, concluía lacónicamente el historiador, ellos ya no iban contra el *establishment*». Por el contrario, no era tanta la deuda contraída con los *annalistas* respecto a la historia de las mentalidades que se propagó con la Nueva Historia tras la década de 1960. Por otro lado, con demasiada frecuencia no se ha reconocido debidamente a una historiografía marxista que combatía en los campos de batalla intelectuales no solo contra los doctrinarios marxianos, sino a «deterministas económicos puros». ¿Acaso no se halla en el pensamiento

42. Eric HOBSBAWM: *Sobre la historia*, op. cit., p. 276. Georg G. IGGERS: *La historiografía del siglo XX*, op. cit., p. 29.

de Gramsci o el propio Marx el vínculo «absolutamente esencial entre el mundo de las ideas, los sentimientos» y las relaciones económicas? Por supuesto que sí, por ello mismo se puede compartir con Le Roy Ladurie que la teoría marxista de la infraestructura económica es absolutamente complementaria a «*la pensée tocquevillienne* como teoría de la superestructura política». Como corolario puede afirmarse sucintamente, con Peter Burke, que en cierto modo los historiadores actuales son acreedores de sus predecesores, aunque no lo sepan o no lo deseen: «lo nuevo no es tanto su existencia cuanto el hecho de que quienes lo practican sean ahora extremadamente numerosos y rechacen ser marginados».⁴³

Por otro lado, cuando la renovación se adentra en la difícil tarea que supone integrar grandes marcos espaciales y temporales en narrativas sistémicas, tales como las corrientes intelectuales de la «World History» (en la estela de los estudios transnacionales, transregionales y transculturales), o la citada «Big History», así como la historia conectiva de *Las redes humanas* de los McNeill (2010), puede que la *histoire problème* quede subordinada a una función particularmente pedagógica. Es cierto, como dice Christian, que la pérdida de «concreción» en aras de grandes fórmulas universales (donde el *l'Idole chronologique* y el *individuelle*, que Simiand reprocha apresurada e injustamente al cultivo tradicionalista de la historia, aparecen prácticamente derribados) puede ser compensada con la elaboración de nuevas narrativas que dejen en el trastero las representaciones del pasado obstinadamente centradas en las «divisiones entre naciones, religiones y culturas». Divisiones que cada vez más se nos presentan como «localistas y anacrónicas, incluso peligrosas». De hecho, las fuertes tensiones entre capitalismo y democracia, surgidas de la fiebre especulativa, la codicia de los mercados desregulados y el capital ficticio desde los años ochenta que dieron lugar finalmente a la Gran Recesión (2007/8), han exacerbado los problemas a los que alude Christian. El nuevo grito de batalla político y social se libra entre el «identitarismo cosmopolita» de los ganadores de la «era neoliberal» y las reacciones «nacionalistas antielitistas» *from below* de los perdedores de la globalización. Y previsiblemente, anota Habermas, la batalla de las ideas se ajusta a «las dimensiones del pasado y del futuro» que para los contemporáneos adoptan «valores positivos o negativos dependiendo de la importancia que atribuyan a las ganancias o pérdidas de la modernización».⁴⁴

43. Eric HOBBSBAWM: *Sobre la historia*, op. cit., pp. 184-185, 187 y 207. Mike DAVIS: «Tomándole la temperatura a la historia. Las aventuras de Le Roy Ladurie en la Pequeña Edad de Hielo», *New Left Review* 110, mayo-junio, 2018, pp. 89-135. Peter BURKE: *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza ensayo, 2003, p. 22.

44. J. R. MCNEILL y W. H. MCNEILL: *Las redes humanas. Una historia global del mundo*, Barcelona, Crítica, 2010. David CHRISTIAN: *Mapas del tiempo*, op. cit., pp. 27-28. François SIMIAND: «Méthode historique et science sociale (2e partie)», *Revue de synthèse historique* (1903), pp. 129-157. Wolfgang STREECK: «El retorno de lo reprimido», *New Left Review*, 104, mayo-junio de 2017, pp. 7-21. Jürgen HABERMAS: *En la espiral de la tecnocracia*, Madrid, Trotta, 2016, p. 47.

Esta es precisamente la escisión que Peter N. Stearns, un pionero del cultivo de la Nueva Historia Universal, observa en la normalización confrontada de la enseñanza de la historia. Frente a los historiadores universales que «apuntan a la necesidad de adoptar una perspectiva lo más amplia posible», mostrando mayor interés por el estudio de la diversidad societal independientemente de la propia, así como por los flujos migratorios y comerciales que secularmente han modificado «cualquier experiencia regional», aparecen elementos sociales y políticos reactivos que pretenden reforzar los arcaicos y esencialistas muros del nacionalismo. De hecho, las guerras culturales que Stearns colige con las encuestas de opinión internacional contribuyen a relegitimar las «notables cualidades» de la crónica nacional: la mayor parte de la ciudadanía se muestra especialmente reticente a las «influencias externas que menoscaban las creencias y los valores regionales», mientras que las consecuencias económicas de la globalización neoliberal se perciben de forma menos traumática. Una percepción social que, sin embargo, tal vez obedezca a la dificultad de discernir adecuadamente los subyacentes y complejos mecanismos del irracional mundo político y económico actual. Es cierto que dicho argumento también ha sido sostenido con bastante éxito, como parece evidente, por banqueros y sus acólitos incondicionales, tanto políticos como académicos, con la finalidad de imponer lo que podemos denominar como una aristocracia burocrática global. Autoridad que suele enmascararse bajo términos deliberadamente ambiguos como gobernanza, empoderamiento, *inter alia*, y cuyo resultado no es otro que la sustitución de las instituciones legítimas del Estado nación por regímenes tecnocráticos. En todo caso, deberíamos albergar ciertas sospechas sobre la extraordinaria pulsación de la opinión pública como un hecho consustancialmente democrático (multiplicado de forma asombrosa por las nuevas redes sociales digitales). Tal vez, y aunque suene cáustico para ciertos círculos izquierdistas y especialmente entre los fetichistas tecnológicos, esta nueva fórmula no necesariamente nos aproxima a un entendimiento mayor de la anatomía de la sociedad civil. De hecho, el problema que aquí subyace lo entendió Durkheim con claridad: la sociedad ha de interpretarse «no por la concepción que se hacen los que en ella participan, sino por las causas profundas que escapan a la conciencia».⁴⁵

Por otro lado, tampoco debemos obviar que las posturas rupturistas protagonizadas por la *World History* han contribuido, como dice Fontana, a salir del tradicional marco analítico de los Estados nación, cuya historización se solía «proyectar hacia atrás artificialmente como si hubiesen existido desde la prehistoria», especialmente allí donde la memoria colectiva de una ciudadanía resentida ha sido modelada por los intereses particulares de una política económica determinista y excluyente. Y es que cuando se excede la «idiosincrasia de una

45. Peter N. STEARNS: *Una nueva historia para un mundo global. Introducción a la «World History»*, Crítica, Barcelona, 2012, pp. 12-13. Pierre BOURDIEU *et al.*: *El oficio de sociólogo*, *op. cit.*, p. 30.

nación», decía Hume, y se toma «por principio que un pueblo es corrupto, cobarde o ignorante», no suele admitirse «ninguna excepción»: todos los ciudadanos serán censurados del mismo modo. El fuego cruzado de expertos y sensibilidades sociales que surgieron después del 11S es un ejemplo de cómo se ofrecen los productos más variados «tras cada ataque terrorista, con la ayuda del choque de civilizaciones y otros robots intelectuales de la Guerra Fría, programados para pensar en oposiciones binarias (mundo libre *versus* mundo no libre, Occidente *versus* Islam...»). Una bruma de dudas se cierne así sobre una diversidad de países y regiones poblados por más de 1.600 millones de personas. Probablemente este sea el auténtico campo de batalla de la historiografía revisionista de la historia global. Un contraataque que socava las bases del paradigma absolutista de la historia nacional, o «nacionalismo metodológico», que junto al eurocentrismo constituyen para Conrad los dos «defectos de nacimiento» de las ciencias sociales y las humanidades modernas. Sin embargo, a pesar de que las nuevas corrientes de la historiografía global no asumen exclusivamente una perspectiva *macroestructural*, ciñéndose con frecuencia a «problemas y fenómenos concretos dentro de contextos potencialmente globales»,⁴⁶ cabe preguntarse ¿por qué un cultivador veterano de la *microhistoria* como Giovanni Levi «preferiría volver» a la «historia total» inspirada en la tradición de los primeros *Annales* antes que a la «euforia infinita» que despliegan las nuevas narrativas infundidas por la historia global? En parte, porque existe cierta ambigüedad y «confusión» entre «globalizzazione e *Global History*». El pseudoconcepto de globalización (rúbrica multiuso, como acertadamente ha dicho Habermas) es asimilado por las nuevas narrativas globales sin demasiadas contradicciones. La propagación ecuménica *del* progreso se limita a cierta exaltación de la difusión de la información, los intercambios y las aplicaciones tecnológicas como acontecimientos desplegados a lo largo del tiempo y el espacio de «forma natural». Y en parte, porque frecuentemente la lupa analítica queda reducida a una amplitud de documentos que, no obstante, provienen de los «archivos occidentales», lo que puede generar una distorsión cultural explícita o latente, aun cuando las historias globales traten de áreas transcontinentales. Como consecuencia, si bien existe un reconocimiento historiográfico relativamente consensuado acerca de la deficiencia del eurocentrismo (como de cualquier otro reduccionismo), es poco objetable colegir con Levi que aquel ha sido reemplazado por su epígono «técnico-económico y político» de vertiente unívocamente occidental. No ha sido fortuito, recalca Levi, que una gran parte de los estudiosos del poscolonialismo y de los Estudios Subalternos recientemente hayan lanzado sus críticas sobre «el carácter neoimperialista de una historia global»

46. Josep FONTANA: *La historia de los hombres*, op. cit. ÍD.: «Espacio global y tiempo profundo. Nuevas corrientes de la historia», *Tiempo y Sociedad*, 1 (núm. Esp.) (2013), pp. 7-19. David HUME: *Ensayos morales y literarios*, Tecnos, Madrid, 2008, p. 217. Pankaj MISHRA: *La edad de la ira*, op. cit., p. 25. Sebastian CONRAD: *What is global history?*, Princeton New Jersey and Woodstock Oxfordshire, Princeton University Press, 2016.

que sitúa a una parte del mundo como modelo económico y político, mientras dice haber excomulgado los sesgos eurocéntricos. Así, por ejemplo, tras el abrumador despliegue temporal de *Mapas del tiempo*, una narración que conduce a sus lectores desde la cosmología de la Gran Explosión hasta las incertidumbres del futuro, entre las alternativas a los problemas que ha exacerbado la globalización neoliberal no se contempla la opción de un «desmantelamiento del capitalismo». La elección más plausible para enfrentarnos con las consecuencias no favorables de la globalización económica, tales como la desigualdad, la violencia o el cambio climático, entre otros factores perturbadores, debería ser liderada, de acuerdo con su autor, por un «capitalismo mundial maduro». «Desmantelar el capitalismo» constituye para Christian una opción que puede ser demasiado «perniciosa», afirmación que legitima en parte contraponiendo el sistema capitalista al fracaso de las «revoluciones comunistas» del siglo pasado. Sin embargo, hay acontecimientos en la historia de los que no conviene deshacerse de forma complaciente en aras de concepciones narrativas temporalmente hiperdilatadas, manteniendo la ingenua esperanza en un sistema que por su naturaleza después de la década de 1970 penetró en una era turbulenta, pero también excepcionalista, basada en una «degeneración patológica del principio de *laissez-faire*». Un capitalismo rentista reacio, por supuesto, a cualquier «regulación o control de las actividades de las empresas lucrativas».⁴⁷

En consecuencia, y por lo que afecta al campo historiográfico, tal vez no se trata de «abrir de inmediato el compás de los siglos o de los milenios», tal como nos persuadía uno de los precursores del modelo analítico *longue durée*, Fernand Braudel, sino de ampliar «nuestra visión» para desembarazarnos, como decía Karl Mannheim al reafirmar su posición intelectual como un «relacionista», de la «estrechez de una ideología». Por eso, Jürgen Oterhammel señala que «el historiador que se sumerge en el papel del historiador universal durante un tiempo (pues debe seguir siendo experto en algo específico) no puede sino intentar dar en el clavo y resumir en pocas frases el penoso y laborioso trabajo de investigación de otros». Una nueva gramática historiográfica que nos redima de la «amenaza crónica del cortoplacismo» no debería en todo caso eludir los factores perturbadores provocados por el *tour de force* entre la economía capitalista global y el sistema estatal. De acuerdo con el acertado argumento de Žižek, es en el

47. Giovanni LEVI: «Metodo e moda nella storiografia attuale», en James S. AMELANG *et al.*: *Palacios, plazas, patíbulos. La sociedad española moderna entre el cambio y las resistencias*, Valencia, Tirant Humanidades, 2018, pp. 45-54. David CHRISTIAN: *Mapas del tiempo*, *op. cit.*, pp. 566-572. Eric HOBBSBAWM: *Cómo cambiar el mundo*, *op. cit.*, p. 20. Conviene no obstante subrayar con Standing que al mismo tiempo que los defensores del neoliberalismo «proclaman» su fe en la libertad de mercado «sin regular», facilitan «las reglamentaciones para impedir que los organismos colectivos actúen a favor de la solidaridad social. Por eso quieren imponer controles sobre los sindicatos, la negociación colectiva, las asociaciones profesionales y los gremios laborales». Allí donde los intereses de la presunta libertad de mercado entran en conflicto con los de la propiedad privada, no existe duda alguna en defender a esta última. Véase Guy STANDING: *La corrupción del capitalismo*, *op. cit.*, p. 27.

corazón de este conflicto donde reside la contradicción radical del Nuevo Orden Mundial, es decir, la imposibilidad de hallar un orden político transnacional que coexista con la economía capitalista global. Y, sin duda, mientras no se hallen «fuentes de legitimación democrática» para las estructuras de poder supranacionales, continuarán expandiéndose por doquier «regímenes tecnocráticos», y con ello se acrecentará dramáticamente el malestar social.⁴⁸

Esta tensión entre capitalismo global y democracia ha dispuesto también el «caldo de cultivo» político para la explosión populista que, como ha dicho Peter Mair, ya fue intuida hace medio siglo por Robert Dahl cuando afirmó que en la «decadencia de la oposición» política y en el «exceso de consenso» se cernía un cierto escepticismo sobre las democracias occidentales. «Este nuevo Leviatán [es considerado por muchos ciudadanos] demasiado remoto y burocratizado, demasiado adicto al acuerdo y al compromiso [y] demasiado un instrumento al servicio de las élites políticas y los técnicos». Ciertamente, la entrada del ambiguo término *populismo* en el vocabulario político y mediático aglutina «tendencias y organizaciones de izquierda y de derecha» que impugnan cualquier alternativa al consenso establecido de una política «responsable» que, por supuesto, salvaguarda en exclusiva las «condiciones de la globalización neoliberal». Así, mientras las elites cosmopolitas y sus siervos políticos «vacían la democracia de todo contenido», culpan de «pulsiones autoritarias» a aquellos «que se oponen a este vaciamiento». ¿Qué nos dice la historia a este respecto? Que, por ejemplo, al considerar acertadamente a Trump como un magnate estólido y falaz, se indulta con demasiada frecuencia los precedentes históricos que recompusieron las bases sociales de un electorado que selló su destino hacia la Casa Blanca. Enjaulados en un presentismo tenazmente inmovilista, conviene recordar que pocas voces se han alzado para advertir entre la opinión pública que Barack Obama ha sido «un caso único entre los presidentes norteamericanos»: sus promesas políticas no solo fueron sistemáticamente incumplidas, sino que terminaron siendo «precisamente lo contrario». A pesar de su notable popularidad, la política económica continuó drenando riqueza hacia los sectores sociales y empresariales de la cúspide social; de hecho, durante su mandato presidencial la «desigualdad social y los niveles de pobreza» no dejaron de acrecentarse. Extendiendo un poco más la escala retrospectiva, ¿no supuso, en todo caso, la política clintoniana una prolongación de la «desregulación del sector financiero» emprendida vehementemente durante la era Reagan y que adquiriría con Clinton «mayor ímpetu que nunca»? En suma, la historia del derrumbamiento del mundo que había surgido de

48. Fernand BRAUDEL: *La historia y las ciencias sociales*, op. cit., p. 182. Paul RICOEUR: *Ideología y utopía*, op. cit., pp. 326-327. Jürgen OTERHAMMEL: *La transformación del mundo. Una historia global del siglo XIX*, Barcelona, Crítica, 2019, p. 11. Jo GULDI y David ARMITAGE: *The History Manifesto*, op. cit., p. 14. Slavoj ŽIŽEK: «La tentación populista», en Santiago ALBA RICO et al.: *El Gran Retroceso. Un debate internacional sobre el reto urgente de reconducir el rumbo de la democracia*, Seix Barral, 2017, pp. 327-346. Jürgen HABERMAS: *En la espiral de la tecnocracia*, op. cit., pp. 57-67.

la industrialización occidental y la historia de la política económica neoliberal, surgida cuando aquel mundo comenzaba a desmoronarse durante el decenio de 1970, no deberían eludirse de las nuevas gramáticas historiográficas. No ha sido fortuito que entre las líneas de fractura del *brexit* se hallara el profundo abismo económico, social y de estatus que separa a las deprimidas áreas desindustrializadas de la «elite de Londres»; o que los trabajadores blancos de los «condados industriales de Ohio», que habían sido fieles a Obama, desertaran «hacia Trump» precisamente cuando experimentaban una «nueva oleada de huida de puestos de trabajo a México y a los estados sureños». Por lo demás, este mimetismo global de las políticas angloestadounidenses que visiblemente y desde una perspectiva histórica han sido erradas, al menos para los que no forman parte de las minoritarias y exitosas clases cosmopolitas de la globalización, es uno de los fenómenos más extraños e ilógicos de nuestro tiempo.⁴⁹

Pero nuestra limitada comprensión de dichos fenómenos tal vez tenga algo que ver con la proliferación de explicaciones ahistóricas y funcionalistas en esta era de irracionalidad política global. Así, por ejemplo, es paradójica la vehemencia (y ambigüedad) con la que en *The History Manifesto* se argumenta contra el «cortoplacismo» historiográfico y al mismo tiempo se defiende sin fisuras *El Capital en el siglo XXI* de Thomas Piketty. Y es que para el popular autor francés la historia del capitalismo democrático de la segunda posguerra queda minúscula subsumida dentro de una narrativa liberada de la carga de la interpretación de la historia política, elegantemente simplificada en una formulación «de validez universal e intemporal», a saber, $r > g$. Esta modelización sugiere que allí donde la tasa de rendimiento del capital financiero (r) es mayor que la tasa de crecimiento de la economía (g) «habrá siempre una tendencia a la concentración de riqueza» y, por tanto, un aumento de la desigualdad. Este rasgo supone para Piketty una tendencia orgánica del capitalismo, desde su origen hasta el presente, y si hubo un *excepcionalismo* durante el siglo XX (1914-1980), según el autor, este se debió en parte a las conflagraciones mundiales. Esta interpretación arriesgadamente simplificada de la historia elude en cierto modo la historización de las pulsiones sociales y políticas que lograron constreñir el sistema capitalista durante los «años dorados» de posguerra, es decir, cuando comenzaron a cristalizar en el mundo occidental los dispositivos institucionales que al mismo tiempo que contuvieron la «desigualdad extrema» a través de políticas universales de protección social, «por primera vez en su historia» no reprimieron «la realización de la

49. Robert A. DAHL, citado en Peter MAIR: *Gobernando el vacío. La banalización de la democracia occidental*, Madrid, Alianza, 2015, pp. 146-147. Wolfgang STREECK: «El retorno de lo reprimido», *op. cit.* p. 13. Marco D'ERAMO: «El populismo y la nueva oligarquía», *New Left Review*, 82, septiembre-octubre de 2013, pp. 7-40. Josep FONTANA: *El siglo de la revolución. Una historia del mundo desde 1914*, Barcelona, Crítica, 2017, pp. 568-569. Wolfgang STREECK: «La misión pública de la sociología», *op. cit.* p. 108. Tom HAZELDINE: «La rebelión de las áreas industriales deprimidas», *New Left Review*, 105, julio-agosto de 2017, pp. 57-88. Mike DAVIS: «Las elecciones de 2016», *New Left Review*, 103, marzo-abril de 2017, pp. 7-10.

promesa republicana de considerar a todos los ciudadanos iguales ante la ley; la hizo posible». La era keynesiana de posguerra, argumenta Shaikh frente al modelo Piketty, estuvo caracterizada por los «frutos de los logros históricos muy reñidos» alcanzados por la masa laboral a través de «restricciones sobre el capital real y el financiero». Más taxativamente, y de acuerdo con Galbraith, durante esta fase histórica las «desigualdades no aumentaron en los países que forman el núcleo de estudio de Piketty». Pero las bases políticas de este periodo histórico, como sabemos, fueron socavadas durante el asalto neoliberal al producirse la combinación de una notable reducción de las «ganancias laborales» con el debilitamiento de las políticas sociales y del movimiento sindical, así como por un asombroso crecimiento exponencial de flujos de capital que quedaban fuera del control de las políticas tradicionales de los Estados nación. Después de la desintegración del comunismo se evaporó cualquier viso antisistémico a escala global, dejando libre al capitalismo rentista para corroer el edificio de la socialdemocracia. Sin embargo, «lo que se perdió en la era neoliberal, dice el eminente economista Shaikh, se puede recuperar». ¡No nos hallamos ante las inevitables consecuencias de leyes inmutables del capitalismo histórico, sino ante políticas deliberadamente antisociales de un capitalismo parasitario!⁵⁰

Según Guldi y Armitage, «casi los únicos datos históricos que han logrado desafiar» (*sic*) el discurso hegemónico, que sostiene que el capitalismo es el motor del crecimiento del empleo y generador de igualdad, «han sido los de *El Capital en el siglo XXI* de Piketty, datos históricos insertos en adecuadas visualizaciones de *big data* y reunidos en el largo plazo». Sin embargo, es presumible que los autores del *Manifiesto*, en su vehemente defensa por la acumulación de información como medio para salir del abismo en el que nos encontramos, hayan quedado expuestos a una sobreacumulación y no hayan sido capaces de observar las contradicciones que subyacen en sus propias afirmaciones. Así, mientras las condiciones laborales se recrudecen a nivel global, ¡los *geeks* del *establishment* han proclamado que *Das Kapital* «está caducado»! Estamos en el momento propicio, han señalado à la Fukuyama Mayer-Schönberger y Ramge, para «cerrar la puerta de la historia y eliminar oficialmente el término *capitalismo*». Una nueva era dominada por la democracia de los *big data* desplazará al «capital financiero y empresas», por «mercados ricos en datos» que «empoderarán a los seres humanos para que trabajen directamente entre sí», y sustituirán incluso precios por datos «como el principio organizador clave de la economía». Se puede sospechar con Morozov que, ante la inactividad o aquiescencia de los movimientos políticos de izquierdas, el neoliberalismo continuará enarbolando su eslogan «There

50. Jo GULDI y David ARMITAGE: *The History Manifesto*, *op. cit.*, pp. 122-123. Josep FONTANA: *El siglo de la revolución*, *op. cit.*, pp. 654-655. Jürgen HABERMAS: «El Estado-nación europeo y las presiones de globalización», *New Left Review* 1, 2000, pp. 121-134. James K. GALBRAITH: *Desigualdad*, Barcelona, Ediciones Deusto, 2016, pp. 133-144. Anwar SHAIKH: «Income Distribution, Econophysics and Piketty», *Review of Political Economy*, 29(1) (2017), pp. 18-29.

is Not Alternative» (a Google), tachando sin piedad cualquier movimiento que se atreva a trasgredir la frontera del «modelo cartelizado de Silicon Valley». Un modelo que «continuará llenando los espacios vacíos, políticos y sociales, que previamente tenían sus propias lógicas y maneras de hacer las cosas, con la lógica *inteligente* de las plataformas digitales». ⁵¹

Paradójica aunque no sorprendentemente dada la colonización de la revolución neoliberal, a pesar de los alegatos a favor de la historia como instrumento analítico insustituible del cambio social, persiste una amnesia paralizante entre buena masa crítica de intelectuales que cercados por el jardín que cultivan no han percibido, por ejemplo, que las políticas de ajuste estructural que el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial impusieron durante las décadas de 1980 y 1990 a los países en «vías de desarrollo» y a buena parte de las «economías emergentes» conservan «estrechas semejanzas» con las políticas de austeridad y antisociales impuestas a las economías del sur de Europa «afectadas por la Gran Recesión». En consecuencia, difícilmente podremos deconstruir los mitos de la ortodoxia neoliberal, o interpretar con cierta rigurosidad el sistema capitalista actual, si decidimos prescindir del penetrante análisis de inspiración estructural. Allí donde se desecha, de una u otra manera, la objetivación de las subyacentes constelaciones del poder, o de la mutante e histórica naturaleza de la lucha de clases, el resultado, casi con seguridad, será precipitarse al vacío de la ingenuidad, ofreciendo de paso la misma versión del capitalismo que Marx criticó a Proudhon, a saber, que este sistema social (como cualquier otro) podía interpretarse distinguiendo laxamente entre los aspectos «buenos» y aquellos otros que constituían su lado más abyecto, cuando realmente, como ha señalado Davidson, es en su antagonismo, en su «totalidad contradictoria» donde reside el germen del progreso como sistema. Ejemplificando, no resulta extraño que, mientras amplios sectores políticos de la izquierda y otros pseudointelectuales ebrios de ciberespacio propagan la prodigiosa innovación social de la llamada «economía colaborativa», liderada por las «plataformas digitales», no sean capaces de observar el eminente carácter rentista de esta nueva forma de explotación del capital en el siglo XXI. Al mismo tiempo que una miríada de emprendedores disponen de sus propios medios puestos al servicio de las plataformas virtuales, sus cuadros gerenciales pueden llegar a percibir por actuar como meros «intermediarios laborales» hasta un 20 % de las transacciones realizadas; de este modo, «los riesgos laborales están siendo privatizados e individualizados, y la vida y el trabajo se funden inseparablemente». ¡Con razón decía Bourdieu que la «historia

51. Jo GULDI y David ARMITAGE: *The History Manifesto*, *op. cit.* pp. 122-123. Viktor MAYER-SCHÖNBERGER y Thomas RAMGE, *op. cit.* en Evgeny MOROZOV: «¿Socialismo digital? El debate sobre el cálculo económico en la era de los big data», *New Left Review*, 116/117, mayo-agosto de 2019, pp. 35-74.

está registrada en las cosas, las instituciones, en las máquinas, instrumentos, leyes, teorías científicas, pero también en los cuerpos!»⁵²

En suma, la disposición a prescindir analíticamente de las contradicciones sistémicas ha sido frecuentemente acusada por la historiografía y en general por los estudios sociales que han concedido una excesiva «autonomía de lo discursivo, lo cultural o lo étnico», contribuyendo a edificar una «muralla china entre la historia política del nacionalismo y las historias económica y social del Estado-nación», entre cuyas consecuencias se puede observar con Davis «la incapacidad de abarcar integralmente todo el campo de las relaciones de propiedad y sus conflictos derivados». De hecho, puede verificarse que la interpretación sociológica *espontánea* de la percepción de una ciudadanía política que ratifica sus temores y pérdidas como rasgos inequívocamente *culturales* –con sus morfologías identitarias arcaicas, o religiosas, sus chivos expiatorios constituidos frente a la migración global, su devoción hacia la política extremista y zafia, etcétera– adquiere singular correspondencia con los estudios sociales que han infravalorado la mutante dialéctica entre la *infraestructura* y la *superestructura* como un proceso histórico, es decir, como un «conjunto complejo y contradictorio» e inevitablemente dialéctico. Y es que la realidad no se aprehende meramente «a través de una empatía con las fuentes»: teorización, abstracción y conceptualización componen un cuadro intelectual ineludible. Una formulación que, sin embargo, puede quedar confinada a un mero *adagio* teorético si se prescinde de un «anclaje empírico», que es lo que sucede cuando según Marx, al subrayar las debilidades del «materialismo abstracto de las ciencias naturales», un materialismo que a pesar de exaltar «la historia y su proceso», muestra sus propias insuficiencias «a partir de las concepciones abstractas e ideológicas de sus portavoces, cada vez que se aventuran más allá de los límites de su propia especialidad». Expresado de forma más prosaica, cuando el conocimiento historiográfico es asumido como estéril o excedentario, frecuentemente los hechos son estrujados o estirados, como los viajeros que dormían en el lecho de Procusto, con la única finalidad de demostrar falsamente la infalibilidad de una teoría.⁵³

Paradójicamente, aunque todavía nos hallamos en un estado incipiente de una dialéctica científica capaz de transgredir las líneas fronterizas de la estricta división del trabajo académico, las evidencias muestran que ciertos límites

52. Joseph STIGLITZ: *El euro. Cómo la moneda común amenaza el futuro de Europa*, Barcelona, Penguin Random House, 2017, p. 15. Neil DAVIDSON: *Transformar el mundo. Revoluciones burguesas y revolución social*, Barcelona, Pasado & Presente, 2013, p. 920. Guy STANDING: *La corrupción del capitalismo*, op. cit. p. 208. Wolfgang STREECK: *¿Cómo terminará el capitalismo? Ensayos sobre un sistema en decadencia*, Madrid, Traficantes de sueños, 2017, p. 43. Pierre BOURDIEU: *Sociology in Question*, Londres, SAGE publications, 1993.

53. Mike DAVIS: «La teoría perdida de Marx. La política del nacionalismo en 1848», *New Left Review* 93, julio-agosto de 2015, pp. 55-78. Antonio GRAMSCI: *Cuadernos de la cárcel*, tomo 3, § 182, México D. F., Ediciones Era, 1984. J. J. CARRERAS ARES: *Razón de historia*, op. cit., p. 249. Karl MARX: *Capital. A critique of Political Economy*, vol. 35, *Collected Works*, vol. 35, Londres, Lawrence & Wishart, 2010, pp. 375-376.

ecológicos y sociales ya han sido transgredidos violentamente.⁵⁴ Parecería, con ello, que la confianza weberiana en la poderosísima influencia de la ciencia, permanentemente equipada «para cambiar su posición y su aparato conceptual y para mirar desde la altura del pensamiento la corriente del acontecer», ha sido seriamente socavada. Frente a la prolongada fase de crisis de la globalización neoliberal se alza la ingente tarea, no exclusivamente intelectual, de imaginar nuevos horizontes sistémicos, y en esa búsqueda cualquier interpretación que recuse la inagotable riqueza que proporciona el conocimiento historiográfico, la ciencia histórica, será siempre insuficiente, o en un sentido hegemónico estará legitimando deliberada o ingenuamente una versión fatídicamente invariable de la narrativa histórica. Esto es lo que sugería Hobsbawm cuando subrayaba el sensible material con el que intentan interpretar el mundo los hombres y mujeres que cultivan la ciencia histórica, así como las responsabilidades sociales y políticas de su misión pública: «Las cosechas que cultivamos en nuestros campos pueden acabar convertidas en alguna versión del opio del pueblo».⁵⁵

CONCLUSIÓN: LAS ALTERNATIVAS DE LA HISTORIA

Actualmente, sugiere Wolfgang Streeck, «muy pocos sociólogos parecen capaces de entender la sociedad que dicen estudiar». Sus suspicacias se fundamentan en la abrumadora sorpresa que desencadenaron entre el «público liberal» y sus científicos sociales algunos de los «acontecimientos más asombrosos de 2016», entre los que destaca la victoria del magnate Trump en Estados Unidos y la conflictiva salida de la Unión Europea por parte del Reino Unido (*brexit*). Pero, precisamente la conmoción social (pulsada y modelada por los medios de comunicación) y el asombro de gran parte del mundo intelectual son la prueba fehaciente, como diría Thorstein Veblen, de la «incapacidad adquirida mediante entrenamiento» de discernir la naturaleza dialéctica del conocimiento, y particularmente la del conocimiento historiográfico.⁵⁶

En primer lugar, allí donde los intelectuales, historiadores o no, han perseverado tenazmente en la ardua y compleja tarea de interpretar el mundo, planteando alternativas y proyectos de transformación social, adoptando además un discernimiento razonado de los convencionalismos académicos del momento, difícilmente las consecuencias sociales de la actual crisis global han podido ser

54. Como puede leerse, por ejemplo, en el trabajo colectivo e interdisciplinar de Helmut HABERL *et al.*: *Social Ecology. Society-Nature Relations across Time and Space*, Springer International Publishing Switzerland, 2016, pp. lviii-lix.

55. Max WEBER: *La «objetividad» del conocimiento en la ciencia social y en la política social*, Madrid, Alianza Ed., 2009, p. 186. Eric HOBBSAWM: *Sobre la historia*, *op. cit.*, p. 275.

56. Wolfgang STREECK: «El retorno de lo reprimido», *op. cit.*, p. 16. Albert O. HIRSCHMAN: *De la economía a la política y más allá*, *op. cit.*, p. 380.

consideradas de forma congruente como una *novedad* histórica. Contrariamente, aunque de forma minoritaria, las complejas perturbaciones del mundo actual han sido entendidas y objetivadas como una serie de abyectos epifenómenos de las tendencias económicas e ideológicas compartidas tanto por el capitalismo fundamentalmente en su versión neoliberal como entre aquellos que creían estar convencidos de haber leído a Marx al este del antiguo muro de Berlín. *Pace* Streeck, si la lectura *Our Kids: The American Dream in Crisis* de Robert Putnam (2015) podría habernos sustraído de la estupefacción de la «victoria de Trump», la *Historia del siglo XX* de Eric Hobsbawm, por ejemplo, escrita hace más de veinte años ya persuadía a sus lectores sobre los peligros de un mundo en el que, desgraciadamente, «las incertidumbres que rodean a la democracia política no parecen ya tan remotas». De hecho, el obstinado, extraño y desafortunado mimetismo mundial de las políticas angloestadounidenses, como bien sabe Streeck, ha contribuido a corroborar el penetrante análisis hobsbawmiano que puede sintetizarse con la primera línea trazada en el capítulo económico: «La historia de los veinte años que siguieron a 1973 es la historia de un mundo que perdió su rumbo y se deslizó hacia la inestabilidad y la crisis».⁵⁷

Por ello no es difícil corroborar, como segunda conclusión, que hoy parece que estemos privados de una cierta forma de pensar dialéctica, es decir, por un lado, los cambios sociales son con demasiada frecuencia observados de forma diseccionada, aislando forzosamente la política de la economía, aquellas de la psicología y esta de la historia o la sociología. Por otro, y en parte como consecuencia del sesgo anterior, persiste de forma obsesiva una tendencia a reemplazar el análisis científico de las causas subyacentes, el estudio del cambio histórico, por la simplicidad de discutir de forma tautológica sobre los síntomas que afloran constantemente en la superficie social, cuando realmente causas, síntomas y consecuencias deberían analizarse orgánicamente, como una unidad contradictoria. Esta dilución del conocimiento reprime activamente cualquier indagación histórica, arguyendo como norma la *casualidad* del acontecimiento más que la excepción, una ingenuidad que como ya advirtiera Hume, reprime «cualquier investigación ulterior», dejando «al escritor en el mismo estado de ignorancia que el resto de la humanidad». Paradójicamente, o por lo mencionado tal vez no, la Gran Recesión de 2007/08 ha contribuido a exacerbar de forma espectacular dichas tendencias. La reproducción social, bajo el dominio mutable de un constante estado de *shock*, se desenvuelve desesperadamente anhelando respuestas inmediatas y presuntas fórmulas políticas resolutivas (aquí hallamos la proliferación obsesiva del llamado «conocimiento aplicado»). Se puede inferir, de este modo, que parte del mundo intelectual y en general del campo institucional que se ocupan de las diversas etapas de la educación y de la formación del individuo han contribuido a adoptar este modelo en el que normativa o virtualmente el

57. Eric HOBSBAWM: *Historia del siglo XX*, *op. cit.*, pp. 147 y 403.

conocimiento histórico acaba reducido ¡todavía! a una especificidad descriptiva del pasado. Y, sin embargo, hoy tal vez más que nunca precisamos rearmar la memoria colectiva e historizar objetivamente esta nueva era de irracionalidad política con la esperanza de deconstruir los mitos de la utopía neoliberal. Expuestos a un flujo permanente de información en la «infoesfera», argumenta Markus Gabriel, necesitamos forzosamente «recordar qué significa realmente el acto de pensar a fin de recuperar, a ser posible, algo de control sobre un área que hoy está en manos de los dudosos magos de Silicon Valley» y de sus cada vez más numerosos misioneros «tecnófilos». La «nueva anatomía de la sociedad civil», por usar la expresión de Marx, caracterizada por la desintegración del fordismo del siglo XX, el mundo perdido de la industrialización occidental, la emergencia de China como taller del mundo, la expansión de nuevas formas de trabajo presididas por empresas tales como Uber, TaskRabbit «y su ralea de intermediarios laborales sin regular, aprovechándose del trabajo ajeno», así como las formas más despiadadas de violencia y terror, la intensidad de los movimientos migratorios forzados..., requerirá para ser interpretada adecuadamente en su complejidad de «la integración orgánica de todas las dimensiones del conocimiento, pensando histórica y comparativamente».⁵⁸

Pero, para llegar a esta transgresión de la metodología convencional, y como tercera conclusión, hemos sugerido que el análisis de la historia no necesariamente precisa ensanchar a *Cronos* de forma vertiginosa. Es así que podemos conjeturar, sin muchas objeciones, que ciertas corrientes historiográficas, como por ejemplo la Gran Historia, cuyo abismo escalar comienza en el mundo subatómico del *Big Bang* y finaliza ofreciendo diversas versiones de futuros siempre inciertos, queda limitada frecuentemente a una interpretación excesivamente pedagógica. Al reelaborar una nueva gramática de la historia donde, por ejemplo, la «Revolución francesa sea mencionada solo de pasada», se está virtualmente legitimando *un* modelo de evolución histórica que, por supuesto, y así lo recalca David Christian, debe evolucionar hacia formas más sostenibles ecológicamente y justas socialmente, pero al mismo tiempo no admite concesiones a las herejías que pretendan subvertir el orden sistémico preestablecido. En este aspecto, se ha dicho ya, se solapa con el *best-seller* de Piketty *El Capital en el siglo XXI*, un trabajo que hace del complejo fenómeno de la desigualdad un rasgo inmanente de la historia (prescindiendo, como dice Fontana, deliberada o ingenuamente de «referencias a la política»). No es difícil conjeturar, por tanto, que de esta manera difícilmente se estimula la *histoire problème*, por el contrario, se pretende rehacer el mundo, dice lacónicamente Žižek, sin admitir fisuras al capitalismo «como única norma posible». En ambos casos la producción historiográfica ha mantenido una

58. David HUME: *Ensayos morales y literarios*, op. cit. p. 144. Markus GABRIEL: *El sentido del pensamiento*, Barcelona, Pasado & Presente, 2019, p. 15. Guy STANDING: *La corrupción del capitalismo*, op. cit., p. 12.

prudente distancia con las subyacentes contradicciones del capitalismo global, ofreciendo de este modo un recambio histórico que, en contra de sus propios presupuestos básicos, representa con más certeza una expresión de protesta contra el sistema que una alternativa a este o, más preciso, una legitimación de su continuidad. Extender la historia hasta escalas temporales inimaginables, o pretender aplicar «políticamente una justicia igualitaria mediante un poder democrático que regule el sistema económico y aplique la distribución», no nos libera del espectacular e incontrolado poder de la economía global, dejándonos a oscuras sobre qué fuerzas políticas podrían imponerse.⁵⁹

Precisamente, el acto intelectual que consiste en descender a las simas de esas contradicciones es donde reside la enorme brecha de las consecuencias que conlleva permanecer en un estado de asombro o de protesta permanentes ante los absurdos, aberrantes o dramáticos síntomas de un sistema políticamente irracional o, por el contrario, volver a interpretar este mundo que con tanta frecuencia se nos muestra ininteligible. En el prefacio a la edición francesa de 1872 de *El Capital*, Marx a través de una metáfora geológica nos conmina a no ceder ante las dificultades y el cansancio que entraña una investigación rigurosamente científica, con lo que se distancia de las explicaciones que reducen la complejidad a un grado insospechado de simplismo: «There is no royal road to learning, and the only people with any chance of scaling its sunlit peaks are those who have no fear of weariness when ascending the precipitous paths that lead up to them».⁶⁰

En conclusión, envueltos por una espesa niebla tóxica propagada por la explosión febril de comentaristas estólidos y por el ruido mediático de las «redes sociales» que nos remiten a explicaciones supersimplistas sobre el alumbramiento de la extrema derecha a escala mundial, el trumpismo, la desigualdad o cualquier otro fenómeno, supuestamente surgidos, unos, de forma espontánea sin relación orgánica con el pasado, otros, inmutables en el tiempo, tal vez el antídoto de la ciencia histórica pueda contribuir a disiparla. Mientras tanto, las palabras del eminente historiador Josep Fontana escritas al inicio de la década de 1980 –cuando la época dorada del capitalismo financiero-rentista global se hallaba todavía en su fase embrionaria–⁶¹ sirven para persuadirnos de la sobreacumulación de información multiplicada exponencialmente por el fetichismo tecnológico, pero también para corroborar la fuerza persuasiva de la historia y, por ende, «las alternativas que en ella siempre se albergan»:

59. David CHRISTIAN: *Mapas del tiempo*, op. cit. p. 27. La crítica a Piketty puede leerse en Slavoj ŽIŽEK: *El coraje de la desesperanza. Crónicas del año en que actuamos peligrosamente*, Barcelona, Anagrama, 2018, pp. 57-58.

60. Karl MARX: *Capital. A critique of Political Economy*, vol. 35, op. cit., p. 23.

61. Para ser preciso, y de acuerdo con Standing, «El año simbólico fue 1985, cuando los servicios financieros (banca, sector inmobiliario, publicidad y marketing) aportaron por primera vez una parte mayor de la renta nacional que los productos industriales». Véase Guy STANDING: *La corrupción del capitalismo*, op. cit., p. 38.

Nos encontramos en un momento en que es evidente que el capitalismo se halla en una crisis estructural. Sus promesas de progreso y felicidad para todos no sólo no se han cumplido, sino que hemos descubierto que son irrealizables. Pero lo malo es que no parece existir un proyecto alternativo válido que pueda resolver el conjunto de los problemas a que nos enfrentamos [...] Es necesario, por consiguiente, desmontar el cuerpo entero de ideas en que se apoya el sistema social en que vivimos, en cualquiera de sus variantes.⁶²

Resulta evidente que, para llevar a cabo esa tarea, tal vez perpetua como el castigo de Sísifo, no debería prescindirse con ligereza de la ciencia histórica, la ciencia cuyo propósito es el estudio de las condiciones subyacentes del cambio social, como tampoco de su formidable legado historiográfico. Porque «ninguna escuela debe menospreciarse, subraya Fontana, [...] cada una de ellas tiene una parte de la verdad; cada caja de utillaje metodológico tiene alguna herramienta útil». Por tanto, cualquier corriente del pensamiento que pretenda resguardarse tras un determinismo metodológico o un presunto exclusivismo del conocimiento, descartando o despreciando aspectos tan relevantes «como los que están ligados a la vida, la subsistencia y el trabajo de los hombres y mujeres comunes», terminará autoexcluyéndose, aunque durante un tiempo pueda gozar de popularidad mediática e intelectual. Dado el grado de complejidad de los problemas sociales del mundo actual, «debe ser su propia naturaleza la que determine los métodos que utilicemos para ayudar a entenderlos a través de su origen y de su desarrollo, tomando herramientas de todas las cajas en las que podamos encontrar algo útil».⁶³ Con esta propuesta de Fontana, metodológicamente pluralista y transgresora con los convencionalismos academicistas, tal vez no sería del todo irrazonable invertir la décimo primera *Tesis sobre Feuerbach* de Marx (1845/1888) y afirmar que ha llegado la hora de «volver a interpretar el mundo» para, de este modo, aspirar a «transformarlo».

62. Josep FONTANA: *Historia: Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Critica, 1982, p. 11.

63. Josep FONTANA: *¿Para qué sirve la historia en un tiempo de crisis?*, Bogotá, Ediciones Pensamiento Crítico, 2006, pp. 42-43.

.....
GERMÁN CARRILLO GARCÍA es doctor en Historia por la Universidad de Murcia, donde desempeña su labor docente e investigadora. Tras haberse sumergido en el estudio de diversos campos sobre historia y política de América Latina, cuyos resultados han sido publicados por el Ministerio de Agricultura de España, desde hace un tiempo ha dedicado sus investigaciones a la corriente de la economía política y a la renovación del debate historiográfico.